The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014809317

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

29Jan'51F

AUG 0 5 1992

MAR 30 '92

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/carnedolientecue00ghir

PQ7797
.G5
C3
1900z

ALBERTO GHIRALDO

Carne Doliente

BUENOS AIRES

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

Heroica

392292

CONQUISTA

I

Diez meses de estadía en tierra conquistada y ya el español sentíase dueño de América, la Atlántida encantada que presintió Platón, promesa de oro...

Oro. Lo buscaba con ansia loca el aventurero invasor y, en tanto la promesa no se hacía realidad en manos del habitante indígena, él entretenía sus ocios en francachelas y jolgorios.

La mujer nativa servíale para ello, ya que las alas del amor no se habían extendido hasta la cubierta del barco audaz en busca del vellocino,—vellocino prometido á costa de la sangre en cuyo derramamiento el amor parecía no querer hacerse cómplice.

En la tienda del conquistador había esa noche fiesta y fiesta grande. Se festejaba la posesión por uno de los oficiales españoles de la más linda y guerrera dama querandí, una soberbia piedra en bruto, diamante codiciado por la lujuria extranjera.

El aguardiente importado aceleraba violentamente la circulación de la sangre, henchía las arterias de aquellos organismos vigorosos, encendía las pupilas de las indias poniendo en ellas fulguraciones desconocidas y excitaba hasta el vértigo los deseos del español hambriento de pulpa pecaminosa.

La abstinencia en que habían vivido durante los interminables meses de la travesía marina, centuplicaba las fuerzas de los jóvenes soldados de la conquista, quienes en sus nuevos despertares lúbricos tenían

bríos de espadas nuevas, estallidos de sávias contenidas en árboles del trópico.

Las chinas regordetas y fornidas correspondían á sus abrazos, devolviendo lava por fuego, volcán por incendio, en un derroche de energías formidables, borrachas de alcohol y de caricias cristianas.

¡Ah, morir así cautivas y traidoras, olvidadas de la raza en derrota, de su raza humillada, estrechadas á aquellos pechos enemigos y deseados!

¡Ah, morir así sin ver ya en lontananza el fantasma de la tribu vencida, envuelta en nube sangrienta corriendo, dispersa y errante, por la pampa florida!

¡Ah, morir así en aquella embriaguez de los sentidos, en aquel aturdimiento enloquecedor, girando en medio de danzas caprichosas, doblemente mareadas por músicas, por armonías nuevas y extrañas, sin pensar ya en el desastre de los hermanos, en la ruina de los suyos, en la hecatombe de sus pueblos! ¡La embriaguez, el olvido y la muerte! ¡Ah, por fin!

¿Morir? ¿Y porque no? ¡Todos morían, todos entregaban sus tesoros y su sangre al

orgullo, á la ambición del cristiano, mónstruo insaciable, terrible y trágico, adorador de un dios en cuyas aras solo era luz el sacrificio del hermano!

II

El sol de aquella fiesta brillaba en su cenit cuando el sargento de servicio se presentó en la tienda preguntando por el oficial de guardia.

El sargento era portador de una nueva importante. En un reconocimiento, acabado de hacer minutos antes, habían copado los españoles una pequeña columna indígena, más bien dicho una partida, un grupo,—cuarenta hombres á la sazón prisioneros.

Venía pues á pedir órdenes. Él estaba prevenido, teniendo la consigna de dar cuenta de cualquier novedad en la tienda del capitán donde permanecería el oficial de guardia mientras durara la fiesta.

El oficial, un teniente, oyó de boca del sargento la relación de la hazaña, una casualidad por otra parte puesto que los españoles, malos ginetes, no podían realizar estos hechos sino cuando, como en la ocasión presente, el indio iba desmontado dejando de ser centauro.

Aunque el oficial no diera mayor importancia á la noticia se le ocurrió transmitirla al capitán, jefe en esos momentos del destacamento español. Quizá cruzó por su imaginación enardecida la idea de agregar con ella un detalle, un complemento cómico ó trágico, era igual, á la orgia en su cenit... Si la carne de la india era el plato brindado á la sensualidad extrangera ¿porque la sangre del indio no habría de servirle de condimento?

Y habló al capitán.

III

—Prisioneros... Cuarenta indios... ¡Oh, la mar, la mar!... Contemos.... uno... uno... más otro... más... dos... uno... sí... son cuarenta y... uno... ¡va! no se puede contar... uno... ¡Haber el seno!...

Y el capitán borracho, con un jesto delirante, tiró un manotón al pecho de la india aferrándole una mama con tal fuerza que esta dió un grito mirándole azorada.

—¡Haber el seno! El segundo manotón, más suave pero mal dirigido, no hizo sino rozar las carnes de la india.

—Capitán, el sargento espera órdenes. ¿Qué le digo? ¿Qué se hace con los indios?

Era el oficial de guardia quien interrogaba.

Entonces el capitán, como herido en alguna fibra muy íntima y á pesar de la embriaguez que parecía dominarle, se irguió

tan alto como era y, en un arranque solemne, exclamó:

—¿Con los indios? ¿Qué qué se hace? ¡Ya lo he dicho, pues, ó no se me entiende!... ¡Arcabucearlos á todos! Es bien sencillo... ¿Entiende, teniente!

—Es que el capitán no había dicho... arguyó el teniente con cierta amable ironía.

—¡Pero lo dice ahora!

—¿A todos capitán? Son cuarenta...

—¡Uno es cuarenta, bárbaro! ¡A todos!

—Yo decía por el gasto de balas, capitán...

—¡Tiene razón teniente!... Que se haga entonces como se pueda. ¡Pero ni uno vivo!

Y el oficial salió con la orden tremenda.

En tanto la india muda, diríase impasible, contemplaba la escena, entendiéndola como por adivinación pues conocía poco el idioma.

¡Estaba escrito: todos morirían, la raza vencida sería ofrendada, en pira humeante, al dios trágico! ¡Oh, dolor ¡oh, sombra ¡oh, vida!

Y en los ojos de la india brilló un rayo.

IV

Nunca abrazo más fuerte dado por músculos de hembra retuvo al capitán en éxtasis tan voluptuoso. Cautiva y traidora yo te amaré con un amor único decíanle los ojos de la hurí pampa. Cautiva y traidora, esclava del goce, yo te ofrendaré mi regazo de bronce donde han de fundirse tus ansias sin freno. Hombre blanco, enemigo de los míos, dame tus labios para olvidar en ellos el dolor que infligiste al hermano. ¡Toma también mi sangre, toma mi vida toda, toda la vida, toda la sangre de tu esclava!

¿No ves? El amor habla en mis ojos, brota en mis carnes en medio del espasmo provocado por el placer. Tuya soy, continuaqan diciendo los ojos. He aquí á la mujer rendida al hombre por la fuerza y el ruego.

¡Mirame! Soy siempre la mujer primitiva tomada en la cueva después del asalto al enemigo y entregada al dominador como un premio. ¡Mirame! Sigo siendo la esclava eterna, codiciada, á quien se doblega para acariciar, esclava á quien no se teme porque ella ha gustado siempre ceder á la violencia, entregarse al más poderoso, al más fuerte. ¡Tómame, dáme tus labios, hombre blanco, enemigo de los míos y seré felíz! Esclava soy...

En un ángulo de la estancia, hacia donde la india había atraído al capitán estaba la espada de este recién desceñida.

Allí, rodeados de hombres ébrios, que dormían ó vociferaban tirados en tierra como cosas, iban á celebrarse aquellas extrañas nupcias.

De un empujón, como al descuido, la india hizo rodar la espada que cayó sin estrépito como si no tuviera por que dar ninguna voz de alarma á su dueño.

—¡Tu vida cristiano, quiero!....

—¡India mia!...

Y rodaron en un abrazo sobre el lecho de tierra duro y lustroso.

. . . . . .

—¿Quiéres que te hable, cristiano? Uno es cuarenta ¿sabes?—dijo la india antes de la caricia suprema y extendiendo la mano empuñó la espada caída.

—¡India mía, india mia!... balbuceó el capitán en vísperas del espasmo.

—Uno es cuarenta ¿sabes?—volvió á decir la india haciendo un ademán brusco.

Después un alarido y un sollozo.

De un solo tajo, con su propia espada, acababa de dejarlo eunuco.

En ese momento un trabucazo resonó hondo en la noche haciendo estremecer la Pampa.

¡Uno es cuarenta, bárbaro!.....

INDEPENDENCIA

I

El criollo enriquecido, dueño ya de un bienestar material sólo perturbado por la idea de su esclavitud tributaria al reino español, pensó en la independencia levantando su pendón de rebelde contra el poder esclavizador.

Producida por causas económicas como lo han sido casi todas las guerras que después han dado en llamarse de razas, la

guerra de la independencia americana tuvo su génesis en las imposiciones comerciales á que el extranjero sometía al criollo por intermedio del virreinato.

A concretar las aspiraciones de los que ya se consideraban poseedores y dueños detentados, vienen después los cerebros de hábiles políticos constituyendo ellos la luz, el foco revolucionario que había de irradiar á poco con resplandores de incendio por todo un continente.

Producto mestizo de español y de indígena tenía el criollo tanto del empuje y la soberbia del primero cuanto de la astucia y felinidad del segundo.

En el territorio ocupado por el virreinato del Río de la Plata se agrupaba un pueblo productor, ganadero por excelencia, pero cuya organización económica y costumbres sociales íbanse, naturalmente, amoldando á las introducidas por el español. Un día sintióse fuerte, capaz de bastarse á sí mismo y entonces sin pretender cambiar de hábitos quiso no tener tutela, es decir emanciparse del poder explotador. Una coyuntura histórica le favoreció. El tutor atacado

constreñido por un enemigo audaz, necesitaba de su más grande esfuerzo para resistirle. Y habló la astucia; el criollo desplegó su bandera, hizo un nuevo símbolo con diferentes colores y se lanzó á la guerra.

Vino ésta con todos sus horrores. El español residente, empecinado en sostener su dominación, llevó al extremo su actitud intransigente y la lucha adquirió los contornos de las tragedias más luctuosas de la historia. Fué la noche de América.

II

Como no hay noches eternas, aquella noche también precursó una aurora, más ó menos luciente pero aurora al fin.

Se luchaba á muerte y del choque bravío surgían chispas, raudas algunas, otras como

estrellas, astros errantes y sangrientos que cruzaban el cielo de América dejando estelas rojas. La sangre fecundaba los campos. Con la sangre la idea.

En el alto de una batalla cayó prisionero del español implacable un oficial criollo. Grande y hermoso, ojos serenos, aire decidido, tanto que, al andar, parecía ir exclamando: conmigo va el pensamiento.

Al anochecer el rebelde fué interrogado.

—¿En nombre de qué fe, de qué esperanza de qué luz, de qué fuego, los nativos locos se habían entregado á aquella lucha sin cuartel, ni otra recompensa que el deshonor, el vilipendio ó la muerte? ¿Y él, en particular, porqué? ¿Era acaso hombre de fortuna? ¿Algún estanciero rico? Porque la guerra la hacían ellos, es decir los industriales comerciantes, ambiciosos de resistir á la gabela española, sin otra mira que la del mayor lucro. Pero ¿caerían en cuenta algún día? ¿Patriotas, ellos? ¡Bah! ¡Patrañas! Especuladores sin conciencia que jugaban con la sangre del pueblo azuzando á los cándidos contra el poder invencible y legal, sublevando brazos de infelices y de víctimas, ha-

ciendo á un lado toda clase de escrúpulos, borrachos de mando y de riqueza. ¿Rebeldes? ¿Y contra quién? ¿Conqué fin? Acaso, aun en el supuesto imposible del triunfo insurreccional, los levantados en armas no se encontrarían mañana bajo una dominación más humillante, más perjudicial, más oprimente?

El rebelde callaba y sonreía. Y bien, parecía decir su sonrisa escudada por su silencio: fusiladme de una vez y suprimid, por estériles, todos vuestros razonamientos de déspotas. Soy lo que véis y algo más. . . . Evitáos el saberlo porque en tal caso habríais de fusilarme dos veces.

—¿Un traidor acaso? . . . .

Una mirada, penetrante y aguda como el acero de un sable, interrogaba á la sonrisa. Diríase la agudeza del soldadote polizonte estrellándose contra la serenidad del enigma.

La sonrisa continuó á flor de labio produciendo la desesperación, la ira, en el pecho del soldadote, por cuya boca salió, atropellado y torpe, el insulto del impotente.

El rebelde contestó el insulto con una mirada en cuyos rayos había conmiseración y

desprecio, conmiseración y desprecio que expresaban cómo el filo del sable acababa de mellarse contra el mármol del enigma.

III

El toque de atención acababa de sonar en el campamento español donde aquella mañana debía ser ejecutado el oficial criollo. El mutismo de éste no había sido quebrantado pese á todas las instancias hechas por sus enemigos.

Según las más insignificantes apariencias moriría sin hablar. Su actitud llegó á intrigar en tal forma á sus terribles jueces que éstos pusiéronse á cavilar seriamente sobre la calidad del prisionero. La acusación primitiva llegó á hacerse carne en la mente de algunos

¿Porqué no? ¿No sería aquél un español pasado á los sublevados? El caso era digno de la mayor atención. ¿Porqué no investigar antes de tomar la última determinación? No era lo mismo matarle como á enemigo dignificándole, que exterminarlo como á traidor execrando su memoria. . . .

Llegó á ofrecérsele la vida por una palabra. Entonces el enigma se hizo más impenetrable. Cesó la sonrisa y el labio noble exteriorizó la idea.

El rebelde aquel era un símbolo. Había batallado ofreciéndose, entero, en holocausto á un principio. Él era el abanderado de la libertad; peleaba en los campos de América contra el poder español hoy reinante porque ese era el obstáculo presente, la piedra inmediata cuyo derrumbe se hacía necesario para que el río de agua dulce y fecunda se esparciese en el mundo. Hoy el español, cruel y retrógrado, empecinado en sostener dogmas falsos, era el enemigo. Mañana lo sería el criollo estanciero y logrero, ese á quien se aludía con frase agresiva y mordaz. Y bien, mañana el abanderado de la libertad ofrecería su espada para hacerla brillar en

los aires siempre en nombre de su misma fe, de su misma esperanza, de su mismo fuego, contra ese nuevo tirano, contra ese nuevo déspota, contra esa nueva sombra. Esa espada era la que, á golpes de luz, iba esculpiendo el gran monumento cuyos brazos gigantes amparan la vida librándola de dolores.

Le escuchaban absortos. Aquel oficial hermoso, sonriente y sereno, de verba brillante y fúlgida, no era un enemigo sino el enemigo. Encarnaba la idea.

El oficial murió esa noche. No el enemigo...

HERMANOS

Se peleaba en los campos de América por privilegios y prepotencias. Pueblos que se decían hermanos despedazábanse en un combate donde el valor rayaba en ferocidad, una ferocidad primitiva y trágica cuyo origen parecía residir en algún odio secular de razas que buscaran la mutua desaparición, cuando sólo era el fruto de un sentimiento estrecho, de un mal entendido patriotismo fomentado en provecho personal por mandones de pueblos tan ingénuos como heróicos. ¡Pobres pueblos lanzados en el desastre y la hecatombe por manos ambiciosas y mentes ciegas de tutores maniáticos ó locos!

Fué aquella la época histórica más triste, más luctuosa, porque haya atravesado este

pedazo de mundo acabado de salir del dominio de un poder europeo, tan atrasado como cruel, para caer en las tinieblas de la barbarie propia. ¡No importa! El temor al mañana no debe detener nunca á los que hacen obra de liberación. Así se avanza en las selvas dejando en las picadas girones de carne y sudores de amargura. Las generaciones que vienen aprovechan los caminos de los que al hacerlos se desgarraron las manos. ¡Y así siempre!

Un orgullo fanático acerca del valor personal—culto del coraje—coadyuvado por un sentimiento arbitrario de amor patrio—un color, una divisa, el nombre de un caudillo—animaba el espíritu de aquellos hombres acabados de alentar por rachas de gloria verdadera y pura, á cuyo influjo conquistado habían unidos la libertad de América. Se estaba en el período fatal de desequilibrio momentáneo, proveniente de toda gran conflagración, de todo gran movimiento social en que actuan fuertes pasiones, ideales altos. Los hombres que, excediéndose á sí mismos, por sobrexcitación en la lucha, han realizado una obra de alcances gigantescos

parece como si rebajaran sus tallas, redujeran sus horizontes al volver á la arena común donde deben resolver los problemas acabados de plantear por sus inteligencias y por sus brazos. Fallan siempre, como si esta tarea estuviera ya fuera de sus órbitas de acción, encomendada á otras generaciones, como si el triunfo, desquiciándolos y realizando una evolución al revés, los hubiera arrancado de su centro de gravedad.

Así, empeñados en una lucha personal, los hombres de la independencia americana, después del gesto heróico, se destrozaban junto con sus pueblos derramando á torrentes la sangre en campos estériles. . . . Fué el caudillaje.

Algo como una especie de embriaguez de furor y de muerte, había hecho presa en aquellas cabezas donde persistía aún, con caracteres siniestros, la idea del desprecio á la vida desde el tiempo en que lucharon por romper yugos de afuera. A la sazón bregaban por libertarse de sus propias pasiones, proclamando el exterminio de sus hermanos en sacrificios y en glorias.

En el norte de la argentina, dos caudillos—almas atravesadas decían las buenas gentes—se hallaban empeñados en una lucha sin cuartel. Caían sus secuaces entregando impávidos sus vidas al monstruo de la guerra civil, como racimos maduros á manos del viñador.

Después de un dia de horrendo combate los dos bandos adversos habian continuado peleando en la noche, arcabucéandose en valles y montes como si las sombras hubieran aparecido solo para aumentar el caudal de rencor hirviente en sus almas.

El aspecto presentado por el campo de batalla era desolante y terrorífico. Moribundos que rugían su derrota por diez heridas, diez bocas hechas por el acero ó el plomo, —se peleaba hasta morir, nadie caía para levantarse, — caballos reventados, vientres abiertos, tripas al aire ostentando colores de banderas entristecidas por el tiempo y las lluvias, rostros desfigurados por el terror ó la cólera hasta dar la impresión de cosas de pesadilla; cuerpos rígidos conservando aún las actitudes altivas del postrer momento á causa del hueco de piedra ó el

montículo de tierra donde por coincidencia se refugiaron ó apoyaron como para quedar muertos y amenazando al vencedor; lanzas rotas, testigos mudos de fiereza que decían de brazos nervudos y de rábias inestinguibles; regueros de sangre como caminos de carnicería, que hablaban, á los ojos de los sobrevivientes, de destrucciones y vértigos, de mundos convertidos en mataderos por la ignorancia y la crueldad, al mismo tiempo que de venganzas satisfechas, ya que la muerte llega siempre colmando deseos ó defraudando esperanzas.

Allá, abrazado á un enemigo, en un último esfuerzo de resistencia, el trompa de órdenes de uno de los bandos había caído al pié de un barranco con la corneta empuñada á guisa de sable. Los dos combatientes, rotos sus huesos en los cantos de las piedras con que tropezaran en su caída, yacían como muertos cuando las estrellan comenzaron ā parpadear con más premura en el cielo, anunciando el día. Tres horas habían pasado desde el choque brutal y el silencio más profundo envolvía á los dos enemigos que, antes de morir, junto con la aurora, hablaron.

—Hermano, dijo el trompa.

El soldado ensayó una contestación que salió de sus labios, secos y ardientes, como un silvido. Después articuló algo:

—Hermanos..... sí..... en la muerte, se oyó clarito.

—La corneta.... ahí está.... á tu lado.... quiero tocar la diana.... mi última diana.... mirá.... viene la aurora.... hermano... hermano.... la corneta.... mi última diana....

El otro hizo un movimiento y lanzó un quejido. Una costilla astillada le acababa de salir por entre la piel. Y no habló más. El dolor le ahogaba la voz. Pero haciendo otro esfuerzo, el supremo, empujó la corneta y se quedó mirándola como diciendo: moriré escuchándote.

—¡Gracias, hermano!...

Y el trompa moribundo, echado de espaldas, tomó el instrumento y entonó la diana, su última diana, dirigiéndola al sol que nacía, un sol de apariencia extraña, de color enfermizo, en cuyos rayos trémulos él creyó ver un símbolo: en los campos de América, decía el símbolo, no volvería á salir ese sol para

alumbrar libertades si sus hijos continuaban destruyéndose por privilegios y prepotencias.

Cuando el instrumento cayó de sus manos sin fuerzas, el trompa dirigió su vista al soldado: los ojos de éste se reflejaron en los suyos. Después la sombra. Habían muerto escudriñándose el alma.

¡Hermanos!....

POSTRER FULGOR

I

Indios y gauchos alzados ocupaban la Pampa. Perseguidos á muerte por el cristiano tenaz y bárbaro, civilizador y salvaje, habíanse diseminado en grupos, fuertes y ágiles, con el fin de distraer al enemigo, obligándole á desunirse también haciendo una guerra de recursos, sin contar con las facilidades de concentración y desbande inmediato con que cada día asombraban ellos, los hijos del cardal y las pajas bravas.

Un militar de escuela, educado en el extranjero, de donde llegara con fama de guapo—guerreado había contra los ejércitos de Napoleón—acababa de formular el siguiente postulado que en otra boca hubiera parecido ridículo por lo temerario y audaz:

—Mil doscientos hombres reclutados en las ciudades, armados según mis indicaciones, instruídos bajo mis órdenes y comprometido quedo á limpiar la pampa de foragidos.

Excusado sería decir que tan resuelta afirmación hecha por tan respetable espada, fué atendida sin pérdida de tiempo y que meses después la llanura temblaba estremecida por la marcha de un soberbio regimiento de caballería que si en su activo de gloria no contaba el hecho de haber peleado contra Napoleón, educádose había de acuerdo con la disciplina de los valientes que le resistieran.

Días hacía que la presencia de un caudillo gaucho molestaba á los inquietos vecinos de uno de los más importantes núcleos de población del sur de Buenos Aires, cuando se anunció la llegada del famoso militar al frente del flamante regimiento.

—¡Por fin! Y la tranquilidad fué en el

villorrio. Los vecinos no tendrían ya qué temer. Seguros estaban bajo el brillo de las nuevas armas, providencia de tristes, amparo de cobardes, pálio de vírgenes, custodia de infantes....

Cuando el regimiento acampó cerca del pueblo, el regocijo no tuvo límites. Se le agasajó en todas formas haciéndose votos muy serios en favor de su triunfo completo contra la indiada insurrecta é insolente que no permitía realizar su obra á los civilizadores. Estos, por otra parte, no pretendían sino la extinción de los indios y la de sus defensores, la esclavitud de sus mujeres y el secuestro de sus hijos. Como se ve, poca cosa á la verdad si se tiene en cuenta el fin progresista que les guiaba....

Pero el indio, por intuición ó por experiencia, comprendiendo el fin no se rendía. Muerto ó libre había dicho y blandía su lanza como un desesperado frente al abismo. De todas maneras muerte por muerte moriría matando, vengándose del cristiano civilizador y salvaje.

Un día de descanso y el regimiento se puso en marcha, rumbo al sitio donde la indiada y el gauchaje alzado acampaban. Ya verían estos, quienes eran los soldados que la severa disciplina europea educara. Contra ellos nada podrían la astucia gaucha, ni la ferocidad querandí. El ínclito jefe, poniendo en ejecución tácticas modernas aprendidas en luchas dignas de lauros y consagraciones—desbaratado fué con ellas el plan de un insolente invasor de pueblos—decidido había la suerte de los habitantes pampeanos, los terribles foragidos cuya actitud rebelde detenía la obra de los civilizadores bárbaros.

Todo insometible es un foragido juzgado con el criterio del dominador. Así el militar ínclito, al frente de su regimiento en tren de asolar la Pampa, ocupaba, en relación al indígena rebelde, el sitio que Napoleón ante los pueblos que pretendiera atar al carro de sus victorias. El ínclito militar no pensaba que el presente invasor de la Pampa fué ayer foragido en Europa resistiendo á la espada de otro invasor.

II

Era el amanecer. Había seca y ya el sol quemaba. El flamante regimiento hendía los campos en aquel día de Enero, ébrio de glorias prematuras. Iba á estrenarse combatiendo á un enemigo considerado fuerte hasta entonces sólo porque eran débiles, muy débiles las fuerzas lanzadas en su persecución. Después de tres horas de marcha hizo alto en una hondonada y destacó una comisión para que interrogara desde la loma. Estaban frente á frente de la columna gaucha.

Al rato la comisión regresaba trayendo nuevas. La columna se ponía en movimiento camino del Sur. Se retiraba al fondo del desierto á paso lento como de paseo solemne. ¿Qué hacer? Se ordenó el avance y poco después el regimiento coronó la loma desde

donde lucieron al aire y brillaron al sol los blancos de los sables y los amarillos oro de los galones.

La columna gaucha estaba todavía á tiro de fusil cuando volvió á hacer alto.

—¡Paso de carga!

Y el regimiento, como un solo cuerpo, avanzó hácia la columna haciendo los primeros disparos.

En tonces pudo verse el prodigio. Como por encanto ó movidos por un resorte la indiada y el gauchaje en dispersión desaparecieron de la vista del regimiento, cuyo jefe no sabiendo para que punto seguir avanzando hizo detener la marcha.

En minutos, en segundos, el enemigo habíase disuelto. ¡Vaya un caso!

Perdíase aun en conjeturas el jefe del regimiento urbano dirigiendo sus anteojos en todas direcciones tras la silueta de los últimos centauros en fuga, cuando allá, coronando otra loma, vió un grupo que por momentos iba ensanchándose. Se diría que la Pampa florecía en rebeldes.

—¡Más enemigos! pensó.

Y, ardiendo en deseos de encontrarles, dió la voz de avance hacia la loma.

Ya cerca de esta quedó de nuevo asombrado. Sobre ella—arte de magia—la columna gaucha, rehecha sin que faltara un solo jinete, recomenzaba al paso su retirada solemne.

La persecución duró dos días sin conseguir hacerle destrozos al enemigo, quien, más de una vez, llegó á ponerse á tiro del regimiento braveando bajo los disparos de las tercerolas de su vanguardia.

Al atardecer del segundo día, locos de sed y de cansancio, algunos soldados del regimiento rindieron sus armas y sus bríos al sol que los dardeaba cruelmente. Hubo rezagados. No podían más. Diez veces el flamante regimiento estuvo sobre la columna y diez veces ésta, desbandada ante su vista, habíase rehecho á la distancia como invitándolo á un nuevo persegimiento.

Una hora haría que ambos enemigos marchaban por entre un pajonal. La fiebre que sostuviera hasta entonces á los soldados habíales ofuscado al extremo de no darles conciencia del peligro. Si alguien pensó en una emboscada en realidad no la temió, tanto era el deseo de encontrar un obstáculo de verdad que alterara la monotonía de aquella persecución á un fantasma.

Momentos antes un baqueano había sostenido con el jefe un diálogo significativo.

—¿Adónde estamos?

—En el pajonal grande, al sur del Quequen.

Y el baqueano, como si el dolor común le diera una confianza desconocida hasta ese instante, agregó en tono de camarada:

—Aquí á de haber indiada escondida. Sería mejor hacerse á un lao y aguaitar.

Y esta fué la única voz de alarma, el solo aviso previsor, la nota exclusiva de prudencia, dada entre aquellos hombres ansiosos de un combate reparador que diera término á una situación más inquieta y desesperante aún que el choque cuerpo á cuerpo con el enemigo.

El jefe no oyó al baqueano y el regimiento continuó su marcha avanzando en el misterio del pajonal grande.

III

La seca en el campo es como un prólogo de la muerte. Habla de cosas que se extinguen, de agonías lentas, de dolores gimientes. El espíritu, contagiado por la tristeza de la tierra, siéntese doblegar también como los tallos de las plantas sedientas que van á morir.

El mar agitado impone, sereno emociona, la montaña da sensaciones de vértigo; el monte, de frescura ó de miedo; la Pampa seca reduce, empequeñece, agobia. El gaucho es triste quizá sólo porque no ha podido vencer á la seca. El gaucho es triste porque ha visto muchas veces morir sus ganados

—su fuente directa de vida—en pampas de luto donde se ha dejado después él mismo aniquilar lenta, desgarradoramente.

En aquel día de Enero en que un regimiento de soldados, equiparado á la moderna, perseguía el exterminio del habitante indígena de la Pampa, se hacía sentir la seca en una forma casi trágica.

El campo se arrugaba, resquebrajándose á simple vista bajo los rayos de un sol furioso. La sabandija, como en atolondramiento de locura, saltaba desesperada. La mosca brava, el mosquito y el tábano, esgrimían sus dardos y aguijones contra las pobres carnes de hombres y de bestias. El dolor estaba en el aire caliente que soplaba como si acabara de atravesar por el vientre de un horno gigantesco; en la luz, arrojada por el astro formidable como en son de amenaza, con gesto de cólera y en el suelo, dentro del cardal fustigante cuyas espinas diríase aguzadas por el calor. Todo ardía en crispamientos de desesperación y angustia. ¡En tanto el hombre sólo pensaba en exterminar al hombre!

IV

—¡Baqueano Ramírez! gritó de pronto el jefe, haciendo hacer alto ante la indiada y el gauchaje que huían.

—¡Ordene, mi jefe!

—Como Vd. ve la columna se dispersa de nuevo. ¿Dónde cree Vd. que podrá rehacerse esta vez?

—¿Quiere que le hable con franqueza?

—Diga Vd.

—Bueno. La persecución ha concluído, mi jefe. Si aquí no hay indios es porque éstos van á prenderle fuego á los pastos.

El baqueano era gaucho también y sabía de estas cosas.

—¿Usted cree?

—Que si es así van á quemarnos vivos.

—¡Hay que ordenar retirada, entonces!

—Será inútil, mi jefe.

—¿Por qué?

—Estamos en el centro mismo del pajonal. Pa cualquier lao que agarremos tenemos más de dos leguas.

—¿Y Vd. si presentía el hecho porque no ha avisado con tiempo?

El baqueano hizo un ademán extraño que quería decir: Cualquiera le hacía advertencias á este jefe, de aspecto extranjero, con más ínfulas que un emperador. Él no avisó porque la disciplina le impedía hacer oir su voz. Por otra parte algo había hablado sin que le hicieran caso. ¡Si se hubieran hecho á un lao como él dijo!..... Ahora era tarde.

Un momento después comenzaba á sentirse olor á humo.

El pajonal, adonde el caudillo gaucho con astucia felina había conducido al regimiento, acababa de ser incendiado por los cuatro costados. El incendio avanzaba en círculo hacia el centro.

—¿Para dónde irán los indios?

—Para el sur, mi jefe.

—¡Para el sur, entonces!—exclamó el jefe con gesto heroico.

—¡Cara al fuego, muchachos!—dijo el baqueano castigando el flete y perdiéndose en la espesura.

Fué la señal, el sálvese quien pueda en forma más hermosa. Los esfuerzos del jefe y sus oficiales resultaron inútiles para conservar la disciplina frente á la muerte.

Galopando ya entre llamas los soldados del flamante regimiento iniciaron la dispersión, una dispersión desesperada y única.

Al principio parecieron salamandras modernas atravesando líneas de fuego, sin ver ni sentir el efecto de éste en las carnes. Después, calentadas las ropas, se colorearon los rostros y las manos; de pronto las rachas de viento ya no producían alivio porque parecían arder también, aún en los sitios ralos de pasto, donde el incendio no prendía. Algunos caballos sintieron la asfixia antes que los jinetes y cayeron rendidos, muertos de pie, después de dar generosos á sus ginetes, al par del último latigazo, el

último aliento de vida; olor de chamusquina espesó el ambiente y todo fué desorden, gritería y horror.

La Pampa en llamas, sirviendo de tumba al regimiento, simbolizó en aquel atardecer trágico el triunfo momentáneo de la astucia gaucha sobre la fuerza disciplinada del cristiano civilizador y bárbaro.

GRITOS NUEVOS

I

En aquella tarde de Enero, cálida hasta el bochorno, mientras en la sala lujosa del cuartel se desarrollaba una partida de naipes, en un rincón de la cuadra el grupo conspirador de soldados había resuelto el punto.

¡Y en qué forma! Si la oficialidad iba al motín, á la revolución como la llamaban, ellos, los veteranos de cien combates, los

eternos manejados, carne sangrienta siempre, cosa, instrumento ciego hasta hoy, se erguirían, por fin, reclamando su puesto de hombres haciendo fuego contra la oficialidad. Y ahora silencio, mutismo de muerte hasta el momento trágico. ¡Ya verían entonces quienes eran los pobres soldados, máquinas que no sabían otra cosa que obedecer á la orden, al capricho ó á la absurdidad de los jefes, según todos!

Por otra parte ya estaban escarmentados.

¿Se había acaso nunca tenido en cuenta sus opiniones al comprometerse? La oficialidad decía sí y basta. Después, en una noche triste, en silencio, como á los muertos, se les sacaba del cuartel y al combate. Al que no marchaba, ya se sabía, el más guapo de los jefes lo daba vuelta de un sablazo y asunto concluído. Pasaban sobre el cadáver que servía de escarmiento y el hecho no volvía á producirse.—¡Pero esta vez!....

Que los gobiernos eran malos ¿quién lo ignoraba? Sí, eso no tenía discusión; todos eran malos; ellos, los eternos manejados, lo sabían mejor que nadie. Pero entonces ¿para qué cambiarlos? Al fin y al cabo venían

los otros, el nuevo gobierno, y el dolor continuaba pegado á la herida.

La verdad era que el sargento Pereyra les había abierto los ojos. Un día les había echado casi un discurso. Y después, á uno por uno, los fué convenciendo. El sargento les decía:

—Esta vez no nos resignaremos muchachos. Quieren llevarnos pa cuerearnos como á carneros. Y todo para poner otro presidente. No les demos el gusto. Cuentan con nosotros sin decirnos nada. Cuando tengamos que hablar hagámoslo con la boca de los fusiles y las lenguas de fuego contra ellos. Así aprenderán á respetarnos.

Y en ese «aprenderán á respetarnos», dicho con fuerza, había tanta resolución que, después de escuchado, no era dable dudar de la suerte de los oficiales: la frase constituía sus sentencias inapelables de muerte.

II

El cuartel estaba situado cerca de un importante puerto de la República, en cuyas tareas de carga y descarga se ocupaban más de mil seiscientos hombres. Era época de reivindicaciones obreras y, en más de una ocasión, las tropas habían sido solicitadas del puerto con urgencia para sofocar lo que se había dado en llamar revueltas de la chusma. La chusma obrera erguíase, brava, contra la capitalista, quien alarmada ante el magno peligro de perder parte de sus ganancias echó mano de todos los recursos llegando en su desesperación á buscar amparo bajo los cañones y los sables confiados á los defensores de la nación y cedidos para el caso por un gobierno complaciente. No causó, pues,

extrañeza entre los soldados la noticia llegada esa noche.

Los obreros del puerto habíanse, nuevamente, declarado en huelga y para sofocar á ésta se pedía ayuda á las tropas destacadas en las cercanías. Y los pobres criollos, ofuscados ante el deseo de peliar contra los gringos que perjudicaban al país con sus batuques, según la expresión del comandante del regimiento, no meditaron un solo instante pareciéndoles muy largo el tiempo destinado al alistamiento de armas y útiles de campaña.

A las dos de la mañana estaban en disposición de marcha y en condiciones de entrar en combate contra todas las dinamitas obreras habidas y por haber. Si querían los jefes ya verían los gringos quienes eran ellos, los soldados pampas hechos á todos los dolores, aptos para todos los sacrificios. Si se les dejaba eran capaces de acabar para siempre con las huelgas, porque en su oscura mentalidad pensaban acabar con la enfermedad acabando con el enfermo.

Sin saberse el motivo en las filas hasta dos horas más tarde, cuatro de la mañana, no

se dió la orden de marcha y con el asombro consiguiente no fué ésta en dirección al puerto sinó á la estación del ferrocarril que quedaba á la izquierda.

¿Qué significaba aquello?

Por la mente de los soldados cruzó, veloz, la idea del engaño. Pero una vez más la disciplina los contuvo y al toque de corneta obedecieron.

Bajo la aurora allá van las tropas, máquinas de muerte, á traves de la Pampa cuyos colores claros se confunden con los brines grises de los trajes. Al rato las bayonetas brillan reverberando á un sol que amenaza ser de fuego. Ni un rumor turba el monótono paso de los hombres armados y sin que un principio de cansancio asome á sus ojos, antes de una hora hacen alto al pié mismo de la estación ferrocarrilera con los pies frescos por el rocío de la noche acumulado en los pastos y la cabeza caliente por los primeros rayos del sol concentrados en sus kepíes.

En la estación les esperan con malas noticias los miembros de la junta revolucionaria de la localidad. Los telegramas llegados

hasta esa hora hacen presumir el fracaso del movimiento en la capital, foco principal de éste.

Los oficiales sublevados se consultan. ¿Qué hacer frente al fracaso? Había que esperar la certidumbre. De todas maneras estaban perdidos. No podían volver atrás. Era inútil por cuanto la sublevación se había producido y, tarde ó temprano, tenía que ser conocida. Cuando llegaran informes concluyentes ya resolverían. Algunos opinaban que debía jugarse el todo por el todo: marchar contra la capital, levantando gente en la marcha y allí caer como hombres si era necesario sacrificándose por la causa. La opinión no parecía muy arraigada pero fué echada al viento y recogida sin eco, naturalmente.

Después se habló en frases cortas y nerviosas que atravesaban el aire, éstas como flechas con puntas preñadas de veneno—la ira, la fiebre producida por la derrota prematura — aquellas tristes, quejumbrosas, ebrias de amarga decepción—esperanzas de glorias frustradas al nacer, laureles cortados al ras apenas erguidos sobre la tierra—otras ágrias, ríspidas como silvidos de víbora,

decían de despecho, de encono, de negras pasiones estallando, impotentes, en pechos de bronce; tal cual, resignada, casi doliente, salida con gesto indescifrable por boca rugosa, rompía el áspero concierto evocando una vida inútil, sin voluntad, empujada siempre por el azar y golpeada por el dolor.

En tanto entre la tropa corría el terrible murmullo: nos han engañado y, ahora, querrán vendernos. Y una voz poderosa, formidable, inspiradora de venganzas, rugíales cosas trágicas.

¿Así se hacían revoluciones que no revolucionaban nada? ¿Así se jugaba con ellos, con su sangre, con sus destinos, con sus vidas, arrojándolos al estercolero ó á la muerte sin un escrúpulo, sin un remordimiento? Pues bien, ahora verían lo que ellos significaban, lo que ellos valían, lo que eran capaces de realizar. ¿Salvajes? ¿Y los otros? Los que los arreaban como animales sólo útiles para dar su sangre como si se tratara de un simple negocio de carnicería? ¿Con qué sí? ¿Instrumentos ellos? Ya estaba dicho: lo serían pero de sí mismos. En esa forma aprenderían á respetarlos.....

III

Los miembros de la junta revolucionaria habíanse dado cuenta del estado de ánimo de las tropas y, en consecuencia, propuesto á la oficialidad una huída decorosa. Quedarse implicaba el desafío á la muerte, un desafío á pura pérdida. Ellos, en el momento oportuno, harían entrega de la tropa cargando con la parte de responsabilidad correspondiente en el desastre. El tren, listo para partir, había levantado vapor y sólo esperaba la señal del presidente de la junta para ponerse en camino.

Aceptado el procedimiento los oficiales resolviéronse á ponerlo en práctica sin pérdida de tiempo.

—¡Se van los guapos!—gritó de pronto el sargento Pereyra al ver saltar al tren con agilidades felinas al primer oficial.

¡A las armas, muchachos! ¡Preparen!

El tren arrancaba, pesado pero seguro, cuando sonó la primer descarga dirigida por el terrible sargento. Los pasajeros se arquearon sobre los asientos y echáronse de barriga en el suelo para dejar, por si acaso, libre de carne humana el camino de los proyectiles. Después el convoy empezó á perderse en la Pampa. La oficialidad estaba en salvo.

—¡Malaya el destino! ¿Y ahora?

La voz del sargento se alzaba dominando la escena.

En el andén de la estación el grupo formado por los miembros de la junta revolucionaria parecía una mancha, una sombra fijada, detenida allí en el mismo centro, diríase en conglomeración de espanto.

—¡Fuego á la junta!—atronó el sargento apuntando á la sombra con el cañón del mauser.

—¡Fuego! ¡Fuego!—contestó la montonera llenando el espacio con el alarido.

Y la sombra, silenciosamente, comenzó á deshacerse en cadáveres....

Sin un gemido, sin un lamento—el plomo, diligente, sofocaba hasta el sollozo—caían fulminadas aquellas energías, existencias preciosas, juventudes lucientes, víctimas aunque culpables también ellas del salvajismo de una época.

Salvaje

LA PENDENCIA

I

Iba loco marchando entre los pastos, altos como montes; y en el rostro, como un castigo, sentía el azote de las pajas bravas.

Cruzaba el matorral rumbo al poblado en busca de aguardiente y de pendencia. En la frente el ceño fiero, en los ojos la mirada torva y en lo interior, hinchando el nervio y el músculo, la levadura salvaje de la raza.

El viento, que soplaba del norte, empujábale con sus efluvios cálidos, de fuego; el sol cruel, terrible, le hería las anchas espaldas con sus mil dardos ígneos; y el ambiente, todo, parecía azuzarlo, espolearlo, precipitarlo hacia la lucha violenta, hacia el choque rudo, hacia el encuentro brutal, hacia la expansión primitiva de las fuerzas combativas, latentes en nuestra naturaleza.

—¡Aquí! dijo de pronto el gaucho, recogió con brazo hercúleo la rienda de piel trenzada y paró de golpe el pingo frente mismo de *La Esperanza*, el más fuerte y respetado almacén de la colonia.

Echar pie á tierra, atar la cabalgadura y presentarse como un fantasma en la trastienda reservada, fué todo obra de un instante.

Era día de fiesta y allí, sentados amablemente, charlando y bebiendo cerveza embotellada se encontraba un grupo de vecinos, hombres caracterizados de la comarca, judíos agricultores en su totalidad que descansaban de las rudas tareas semanales.

—¡Canejo! ¡Y por tan poco! En tuavia es temprano pá asustarse, exclamó en su jerga

pintoresca el recién venido al contemplar el asombro de los circunstantes; y los ojos del gaucho relampaguearon en la semioscuridad de la estancia, con resplandores extraños que tuvieron la virtud de poner en sobre aviso á los plácidos parroquianos.

Tomó el importuno un banco y junto á una pequeña mesa, la única visible fuera de la en que bebían los judíos, ocupó su sitio. Golpeó fuerte después con el cabo del rebenque y esperó al mozo.

—Déme de esa misma bebida. ¡Una botella pá mi sólo! ¿Oye?...

Volvió el mozo con una mala noticia. En la casa no había más cerveza. Así decía el patrón ...

—Bueno, no importa, mire: sirvamé de esa, no más. Y señaló el gaucho, con el rebenque, la botella á medio vaciar erguida con altivez sobre la mesa grande. Los judíos se miraron sin decir palabra.

El mozo, muchacho extranjero también y bastante tímido, no se atrevía ni á desobedecer al gaucho que había entrado pretendiendo imponerse, ni á faltar el respeto á

los clientes conocidos. Al ver su indecisión el gaucho tuvo un arranque.

—¡Sirva, le digo! ¡O de no!...

El muchacho asustado tomó la puerta.

En tanto los judíos habían vuelto á mirarse y continuaban mudos, formando en medio de la sala, algo así como una grande, enorme interrogación.

—¡Canejo! dijo el gaucho levantándose con cierta majestad compadrona que le daba todo el aire de un dominador campestre, de un Mefistófeles pampeano.—¡A ver, gringos! agregó ¿por qué no invitan? ¡O van solos á tomarse todo el jagüel! Dejen un trago pá el gaucho pobre.... Y se acercó á la mesa. Alguien se atrevió á contradecirle, muy debilmente, por cierto, tratando de poner término á la insolencia.

Iba á hablar de nuevo el gaucho cuando apareció el patrón.

—Haga el servicio de retirarse, será mejor para todos, dijo razonablemente el dueño de casa.

—Con usted no es el asunto, amigo, replicó el gaucho. ¡Hágase á un lao y no embrome!

Estos señores me han invitao y eso es todo; agregó socarronamente.

Con la llegada del patrón los judíos habían cobrado corage y se pusieron de acuerdo, hablando en su idioma, para deshacerse, en cualquier forma, del pendenciero. Por lo que pudiera acontecer uno de ellos tenía revólver. Y si era necesario se emplearía. La resolución. como se vé, estaba á la altura de las circunstancias y, logicamente, no podía ser otra.

Entre tanto el gaucho había tomado la botella y con una flema única se servía un vaso que empuñó á guisa de bandera. Él se consideraba ya en campo conquistado.

El más quisquilloso de los judíos retiró la botella y se le enfrentó decididamente al gaucho apostrofándole por su actitud. El salvaje no esperó más.

—¡Tomá eso! Y le arrojó, entero, al rostro el líquido servido. Entonces los compañeros se irguieron, rápidos, como tocados por un resorte eléctrico y trataron de echársele encima al gaucho. Pero éste, *como una luz*, se les escurrió de las manos y, de un salto, corrióse hasta la pared, escudándose;

sacó, rápido, el arma filosa y atropelló al grupo que tuvo que replegarse hacia el fondo. Sonó un tiro, el gaucho pareció vacilar un momento; enseguida, con mirada de águila, de animal de presa, escudriñó al enemigo y cayó, daga en mano, sobre el judío armado. Después un gemido, el ¡ay! del moribundo, un cuerpo que cae, el desbande del grupo ganando, aterrorizado, la puerta de salida y, por fin, la figura del gaucho, dueño del campo ya, destacándose terrible, limpiando sobre el cuerpo del vencido la hoja del acero ensangrentada.

—¡Aura sí! dijo; tomaré solo.... Y alli, al pie del sacrificado, empinó la botella que, milagrosamente, había quedado parada en medio del estrago.

Minutos después abandonaba el gaucho *La Esperanza* y, á galope corto, emprendía, tranquilo, el viaje rumbo al nido de la prenda.

II

En el rancho.

—Me voy del pago y para siempre. Esta no me la perdonan, china. Tené paciencia. Puede ser que alguna vez volvamos á encontrarnos. Cuidálo al nene. Dáme un beso y cebáme un mate. El último; el de despedida. En cuanto oscuresca, y esto será pronto, me pongo en camino.

—Te has perdido, Juan; y por tu culpa. Pero yo te esperaré hasta la muerte. ¡Te lo juro!

Esta escena tierna, que no debe asombrar á nadie por cuanto también los tigres saben acariciarse, se prolongó hasta que las sombras comenzaron á aparecer en la altura.

—Que la suerte te ayude, Juan.

—Adios, prenda.

Estaban en la puerta del rancho cuando se oyó, afuera, el relincho del moro atado corto adentro del patio. En seguida ladraron los perros.

—No te asustés, china. Será mi compadre Martín. Dejáme asomar.

La pobre mujer temblaba presintiendo cosas negras. Si fuera su compadre los perros se habrían callado. En cambio ladraban desesperadamente.

Cuando el gaucho se asomó á la puerta quedó como clavado en ella. Nunca había tenido miedo. Pero ahora.... ¡No! No fué miedo lo que sintió, en verdad. Es que se acababa de ver muerto y con él la prenda y el hijo. En la puerta del rancho había más de cien hombres armados. Eran los judíos, todos los judíos de la comarca. ¡Los vengadores! ¡Ah, guapos! ¡Un batallón, un ejército para él solo! Rujían. Las fieras venían á matar á la fiera. Entonces tuvo el rasgo supremo.

—Andá con el chico voz y dejáme salir solo.

—¡Quedáte, Juan! ¡No salgas! ¡No quiero!

—Si no salgo harán fuego contra el rancho. ¡Salvá al chico!

En esto una bala de *winchester* atravesó el rancho.

—¡Me van á matar el chico; y á vos también!

La situación no podía prolongarse.

—¡Agacháte y salí por este costado! Y la arrastró á la mujer.

El gaucho había calculado todo con precisión admirable. Aparecer de pronto, hacer fuego primero y, aprovechando el tumulto, correr hácia el caballo. ¿Podia aún salvarse?... ¡Él, no! La prenda y el hijo, sí.

III

Transformado en héroe, pues, el gaucho acababa de aparecer en la puerta del rancho. Cien cañones de muerte apuntaron á su

pecho. La prenda salió, arrastrándose, con el chico en brazos, empujada por la voluntad férrea del compañero hacia el costado izquierdo. En tanto él daba un brinco de acróbata en opuesto sentido, pretendiendo descargar su viejo trabuco lleno de recortados hasta la boca. La ceba, húmeda quizá, ó enmohecida, no estalló esta vez, aminorando así la figura del gaucho que, entre el fogonazo, hubiera surgido circundada por líneas de fuego, grande, soberbia, heroica, en medio de la noche trágica cuyas primeras sombras escondían el dolor y la muerte.

. . . . . .

—¡A mí cobard.....!

No dijo más. Allí, á diez pasos del moro, que, asustado esperaba, el cuerpo del dueño había caído atravesado por una treintena de balas certeras.

Y mientras la descarga formidable hacía estremecer el corazón de la pampa, sofocaba el estruendo el lamento de una madre y el vagido de un niño huyendo, sombras dolientes, en fuga desesperada, del furor de los hombres.

EL ENEMIGO...

I

El dia era hermoso. Tranquilo, suave, transparente, fúlgido. Dia de primavera. Los campos parecían dormir como aletargados en una embriaguez deliciosa. Se diría que el amor y la voluptuosidad brindaban, de consuno, en la copa dorada del triunfo, el himno grandioso, solemne y serenamente radiante de la vida. ¡Oh, luz!

Todo esplendía. La pampa, floreciente, crepitaba bajo la caricia fecundante del gran sol, centro del universo que dijera el anciano maestro en claúsula tan imperecedera como su nombre.

Loca de espasmos la naturaleza toda daba á los vientos el lamento, la queja, el grito del eterno parto, de la eterna transformación, de la perpetua mudanza. Era la aurora.

Alegres, con el músculo fuerte y el cerebro en ebullición continua, cruzabamos un pedazo del jardin porteño totalmente cubierto por silvestres flores, sobre cuyas hojas temblaban, lucientes, las gotas del rocio nocturnal. Todo parecia empapado de agua, luz y color.

Bella era la vida en medio de aquella gloria, de aquella palpitación, de aquel bregar sin tregua, en que los elementos todos, —fusion de átomos—presentaban el espectáculo de la gestación del mundo á simple vista de ojo.

¡Qué ánsias de gustar cosas y sensaciones nuevas! ¡Qué deseo de sentir el hálito de las fecundaciones perennes invadiendo nuestros

pechos, infiltrándose en nuestra sangre, inundando el cauce vivo de nuestra existencia!

—

Sobre una loma cercana un grupo. Doce ó catorce hombres, ginetes todos en gordos pingos de campo.

— Caso extraño, dice mi compañero, un criollo de pura cepa — sangre de andaluz y de querandi—tanta gente por este lado, á estas horas y todos juntos.

— Acerquemosnos.

Y, de un galope, estabamos sobre la loma.

—¡Salud, compadre!

—¿Que pasa?

—¿No sabe!

Y escuchamos, por boca del gaucho más ladino del grupo, el tremendo drama.

II

La tarde anterior, ébrio y loco, el gaucho Ferreyra habia llegado á casa del colono Straus, el viejo colono honra y orgullo de la comarca.

Maria, la más rubia y la más linda de las hijas del colono, salió á recibirle en el palenque.

Desmontado el gaucho acondicionó su cabalgadura y, mientras ataba corto al pangaré oscuro, el más conocido, de los fletes del pago, miraba á la muchacha con ojos llenos de codicia trágica.

—Vengo á buscarla, rubia... porque quiero que sea mia ¿sabe?...

Y le tiró un manotón de bruto que la muchacha esquivó, ágil, huyendo, despavorida, en direccion á las casas.

Avanzó el gaucho arrastrando el poncho y el rebenque, prendas ambas que llevaba como colgadas en la mano izquierda y, al enfrentar á la puerta del comedor de la modesta vivienda, exclamó sin quitar los ojos del cuerpo hermoso de Maria que trataba, á toda costa, de esconderse detras de las polleras maternales:

—¡Ahijuna! ¡No te has dir lejos aunque te defienda el gringo!

Y los ojos del gaucho continuaban brillando llenos de codicia trágica.

Su frase era una frase de enojo. Se diría que hablaba, no á una mujer á quien se desea, sino á un enemigo á quien se odia.

¡Y Maria era su enemigo; el enemigo!... La madre, leona herida en su orgullo y en su carne, se paró, bravía, ante el gaucho insolente.

—Mire Doña, pa mi todo es igual; vengo resuelto. ¡Me da la hija ó los mato á todos!

La leona se vió impotente. Estaba sola en la casa con las hijas. ¿Qué hacer? Sin embargo ensayó un golpe de astucia pero sin resultado. Y al verse perdida quiso morir resistiendo.

La casa entonces fue inundada de sangre y el gaucho hizo suyo á un cadáver. ¡La pobre rubia! *El enemigo...*

—

El relato terrible acababa de dejarnos mudos.

—¡Qué horror! dijo al rato alguien.

Otro esclamó:

—¡El gaucho Ferreyra! ¡No puede ser! Si es un buen hombre... yo le conozco... Y terminó, balbuceando, como abismándose en su terror: no puede! no puede!...

Un indignado, impulsivo, rugió:

—¡Debe morir!

Entretanto yo trataba de hacer el proceso de aquel estallido bárbaro y primitivo de calor sensual y sangriento, que habia impulsado al gaucho á aquel crímen que, para todos los demas circunstantes, no tenía nombre, emplicación ni justificativo humano posible.

III

—Ese debe ser Ferreyra.

—Lo traen maneao y con grillos.

—¡Y vienen con él como trescientos!

—¡Pucha con los gringos guapos!

—Lo que es de esta no cuenta el cuento.

—¡Lo debian de hacer achuras!

—¡Oh, y de no! Los suizos no son mancos; ya verás vos. Van camino é la iglesia. Pa mi que esto va á ser como en día de elesiones.

—¿Vamos, Don?

—No hay inconveniente.

Y partimos.

Mientras galopabamos yo continuaba formulando en mi cerebro el proceso de aquel caso.

No podría fijar aqui terminantemente como llegué á explicarme la accion del gaucho. Sé solo que, para justificarlo, más bien dicho para comprenderlo, evoqué, mientras marchaba, al hombre rudo de las cavernas apoderándose, violentamente, de la hembra en la noche antigua del mundo, y que mi ser entero—¿porque no decirlo?—concibió en aquel momento, la brama, el celo, la furia, producto de sávia acumulada con esceso en medio de aquella naturaleza salvaje, savia ardiente y bravía que no encontró otro cauce que el extraviado para derramarse, para confundirse en la energía universal.

La fiera, el bruto, tambien hace suya á la hembra matando, si es preciso, poniendo toda clase de obstáculos á un lado. Era, pues, aquel, un caso de regresion.

Sacome repentinamente de mis abstracciones un grito formidable que se alzaba

frente á nosotros. Era tambien algo así como la exteriorizacion de la ira del hombre antiguo de las cavernas. Era la fiera colectiva que hablaba rugiendo.

Recien entonces tuve la impresion neta de que el gaucho debía morir. Pagar el crimen...

Contra el muro izquierdo de la iglesia, de la mesquina casa del Dios de los cristianos, allí donde los niños del pueblo jugaban á la pelota en los hermosos dias, cuatro jovenes fornidos trataban de sugetar al gaucho atándole á un garfio de hierro colocado en ese sitio quien sabe por quien ni con que objeto.

De pronto hubo un gesto de asombro en la multitud. El gaucho, en un arranque supremo, rompiendo las ligaduras que destrozaban sus manos; dando tres saltos de ginnasta, á piés juntos, con grillos y todo, se habia colocado en el centro mismo del atrio frente al grupo feroz y armado que, en el primer instante, sorprendido, retrocedió compacto, como una masa que se amolda á un movimiento ordenado.

—¡Haganmé fuego ahora, cobardes, hijos de p...!

El desafío del gaucho tenía toda la terrible y trágica desesperación del hombre que solo desea en el supremo, inevitable minuto, morir luchando.

Había sonado un solo tiro disparado desde un costado del grupo. Despues hízose un momento de silencio. ¡Pero qué silencio! Pretendió moverse el gaucho y cayó de rodillas. Estaba herido y no hablaba. Se ayudó con las manos y volvió á erguirse ante el grupo armado.

Las dos fieras estaban frente á frente...

Entonces comenzaron á sonar, seguidas, las descargas de los fusiles.

—¡Juan, tira tú!

—¡Ahora me toca á mi!

—Yo traje la escopeta vieja cargada con municiones hasta la boca. No quiero dejarle ni un pedazo de cuero sano. ¡Ahí va mi parte!...

Así se expresaban las fieras del grupo.

En cuanto á la otra fiera, el gaucho, tenía algo de salvajemente heróico al recibir el castigo, allí frente á la casa mesquina y sórdida del Dios de los cristianos,—todo bondad y amor...

LA TRAICION

I

—Vea, mi jefe. En esa nubecita de tierra que se ve allí, le aseguro que va envuelto el hombre. Si no me equivoco lleva el caballo cansado y antes de media hora caeremos sobre él.

El milico, con el brazo derecho extendido, señalaba allá, á gran distancia, un minúsculo remolino polvoriento completamente imperceptible para seres no habituados á las

colosales perspectivas presentadas por nuestras áridas planicies.

Un estudio inconciente le había dado lo que podríamos llamar el *golpe de ojo*, aclarándole las pupilas en cuyo fondo reflejábase la vida de las pampas, como las nubes y las constelaciones en el cristal de un lago.

El que huía era un matrero. El gaucho malo, el perseguido eterno, el levantisco, el bravío, uno de los últimos ejemplares del centauro armado, hoy en derrota pese á sus astucias de zorro y á sus guapezas de león.

Hacía once horas largas que la partida de policía, mandada por el mismo comisario, seguía tras la huella del gaucho, con encarnizamiento felino. Dos veces la fuerza armada habíase visto en la necesidad de cambiar cabalgadura, á trueque de quedar entre las breñas burlada por el flete del perseguido.

—Si no me equivoco lleva el caballo cansado. había dicho el milico, gaucho también ayer pero vendido al orden, brazo derecho hoy, guía y luz de su jefe comprometido á llevar la cabeza del matrero para presentarla á los amilanados vecinos de la población,

por la integridad de cuyos intereses estaba encargado de velar.

Más que por lo hecho, la persecución del gaucho habíase ordenado en previsión del futuro, de lo que pudiera realizar. Se le consideraba capaz del crimen y del robo, con superiores condiciones de dañabilidad por sus conocimientos del pago y de sus hombres. Se le temía como á nadie. La leyenda contaba de él cosas extraordinarias, actos de valor y de audacia en que su figura aparecía rodeada de resplandores siniestros. No existía hecho sangriento ni salteo célebre en que su nombre no se hallara mezclado en alguna forma. La fantasía suele ser fatal para estos personajes misteriosos, creaciones, en su mayor parte, de imaginaciones tan fecundas como simples. Era éste el caso del gaucho Ibañez, del matrero perseguido, cuya fama había traspuesto los límites del pago para extenderse por todos los ámbitos de la república, llevando á ellos un eco lúgubre de muerte.

Con la tolerancia, más, con el asentimiento, la autorización de la parte conservadora de la localidad campesina, buscábasele en el de-

sierto para exterminarlo, tal á una fiera gruñendo en los montes.

El comisario encargado de darle caza estaba, según el milico guia, á punto de encontrarse frente á frente del gaucho, de la presa ansiada. ¿Se habría engañado el milico? Media hora después demostraba lo contrario.

II

A cincuenta metros del gaucho había hecho alto la partida. El cuadro era soberbiamente hermoso. Pocas veces ha podido darse una nota más vigorosa dentro de un marco más plácido, más grande. La naturaleza toda hablando de paz á los hombres. Estos, resueltos al engaño, á la traición y al crímen, persiguiéndose hasta encontrarse, empujados por tempestades de iras, de odios y de venganzas.

Como fondo el desierto, fondo único de tonos inimitables, á la hora en que el sol lanza, en plenitud de fuerza, sus rayos vivificantes. Como figura saliente la del gaucho, altivo en su desgracia, al pie del caballo rendido doblándose bajo el peso del cansancio; figura antigua de líneas tan enérgicas, tan viriles, que evocan en nuestro cerebro crónicas de tiempos épicos en que el tipo de esos valientes perseguidos fué el que con más relieve destacóse en la defensa de la libertad, cantada después en himnos altisonantes por hombres más pequeños.

La melena flotando á los vientos como una negra bandera llena de pliegues, la mirada intensa y fija, con reflejos de lanza nueva, clavada en el grupo armado, el ademán sereno, resuelto del que ha jugado su vida y sólo teme al cautiverio, dábale al gaucho todo el aire de un héroe legendario digno de ser cantado por un homérida ó esculpido en mármoles valientes.

III

—Mire, Ibáñez, usted me conoce. Sabe que soy incapaz de hacerle mal; pero tengo el encargo de prenderlo. Le aseguro que antes de poco tiempo yo mismo conseguiré su libertad porque su causa tiene defensa. Por otra parte estoy seguro que usted no hará armas contra mí.....

Era el comisario quien, adelantándose solo, hablaba con voz meliflua próxima á ser convincente.

—¡El niño Martín de comisario! ¿Que si lo conocía? ¡Vaya! Como á sus propias manos. Lo había hecho jugar de chico y le había enseñado á andar á caballo en el petizo overo de la estancia amansado por él mismo.

—Oiga, niño. ¡Ni á Dios me hubiera entregao! Pero mire, dése cuenta de mi situación y digamé si es posible que me deje llevar

preso así no más. Yo le pido pelear con sus soldados. Con usté nó. Contra usté no puedo hacer armas, es cierto. Pero.... ¿Y qué quiere que haga entonces?.....

Entre tanto el comisario avanzaba, bastante confiado en el estado de ánimo reflejado en las palabras del gaucho respecto á su persona.

A pesar de su penetración, el comisario, el niño Martin de ayer, rogó al gaucho el abandono de sus armas. Iba á acercarse para hablar con más confianza y más detenidamente. Quería que se entendieran solos y en voz baja lejos de la partida que, por su orden, permanecía á distancia.

El gaucho dudó un momento y detuvo su mirada escudriñante en la del niño Martín. Esto fué su perdición, pues vió en ella los mismos reflejos que tenían los ojos de aquel chico á quien antaño hiciera jugar, ocultándole la intención un fenómeno de espejismo mental al que contribuía su viejo afecto despertado de pronto.

—¡Como voy á dudar del niño!.... Y el gaucho abrió su poncho pampa, colgado á manera de escudo en el antebrazo izquierdo, arroján-

dolo sobre los pastos. El comisario seguía sus movimientos sin perder un detalle.

—Y ahora ahí están mis armas. ¡Vea! Y empezó á echarlas en el poncho. Primero la daga. Las dos pistolas después. ¡Y hasta el rebenque también! ¿Para qué lo quería si iban á hablar como amigos?.... Y el gaucho se irguió cruzándose de brazos á cinco pasos del poncho.

—Diga no más, niño. Usted sabe que le habla siempre al criollo viejo.

Tratando como antes de inspirar la mayor confianza el comisario avanzó hasta ponerse frente á frente del gaucho desarmado.

—Escúcheme, Ibáñez... Y el comisario posó sobre el hombro del gaucho la mano izquierda en tanto que, disimulando el movimiento en lo posible, con la derecha desnudaba el revólver.

—¡Ahora sí! ¡Tomá, gaucho pícaro!.... Y sobre el pecho del hombre descargó el arma.

Fué como un rayo. El gaucho vaciló un momento.—¡Ahijuna, Dios me ha vendido! dijo después y avanzó sobre el poncho donde estaban las armas. Sonó un segundo tiro al propio tiempo que, claro y vibrante, podía

percibirse el galope cerrado de los caballos de los milicos que avanzaban hácia el grupo, sable en mano.

. . . . . .

—¡Niño Martíu!.... ¡Qué ha hecho!... Y cayó desplomado.

El gaucho había muerto de pie con los ojos fijos en los de su matador, sin poder ver en ellos ya los reflejos del niño de ayer, la fiera de hoy convertida en autoridad.

De amor

CRUZ

I

Había guerreado en guerras bravas donde se cubrió de sangre. Sangre enemiga dijeronle sin que él supiera nunca porqué. Peleaban los caudillos disputándose prebendas sobre el suelo de la patria recien nacida y allá iban los pobres muchachos de campo arrastrados por las levas, á doblegarse bajo las penurias del campamento gaucho, á rendirse bajo el sol sangriento de los comba-

tes, fuertes y heroicos como ayer en los choques de donde brotara la independencia americana,—pero ya sin conciencia, como arrastrados por un impulso ciego hacia la matanza y el esterminio. Así se hizo soldado.

Niño, arrancado de las faenas campestres, no conoció otra vida que la infecunda y ajitada del cuartel. Antes de manejar bien el lazo, aprender á arriar una tropa, ordeñar una vaca y esquilar una oveja, se le llevó junto al fogón militar, se le ató al cinto el sable homicida y se le prendió en el ojal de la chaqueta la divisa de un caudillo, el cacique politico del pago, señor moderno, no de horca y cuchillo como los del feudo antiguo pero si de bota y espuela, facon al cinto, poncho á la rastra y cinta azul en el sombrero de ala ancha y requintado en la nuca.

Después, cuando el caudillaje fué vencido, dominado por el político urbano—el gaucho de ciudad transformado en elegante de levita y galera de felpa—el muchacho, ya hecho al ambiente del miliciano pampa, continuó su vida infecunda enganchándose

en el ejercito de la nación formado con todos los rezagos de las montoneras semi-bárbaras.

Entonces tuvo sus primeros amores, sintiéndose ligado á otro destino. Allá, en sus correrias de bruto armado, en el intérvalo de los encuentros á lanza, dando un alto al crimen, esparció sus caricias de tenorio rural entre chinas conquistadas, tomadas al asalto como enemigos ó seducidas por sus encantos de joven guerrero. Fueron luces fugaces, pasiones de una hora dispersadas por el vendabal que les empujaba, por la ola de fuego asesino que les envolvía. Luego, en la ciudad, en medio del burdel frecuentado por la soldadesca borracha y pendenciera, él acababa de realizar su primer idilio....

Mucho de ingenuo en el alma, pese al sinsabor y el trajin pasados, dábale aspecto de ñiño grande, fácil de rendirse al halago y suavidad mujeril. Y se rindió con armas y bagajes al afecto de una manceba de popular haren, entre la sonrisa maliciosa y los dicharachos irónicos de compañeros al parecer más espertos en lides de esta especie.

Ella le quiso, le deseó con todo el impetu de una naturaleza primitiva, recien despertada dijerase apesar del forzado ejercicio á que sometiera su cuerpo el infamante negocio.

II

Del burdel salió la pareja á hacer nido en un rincón del suburbio. Ella tenía sus ahorros, dolorosos ahorros obtenidos en el tráfico agostador.

Un día le habló tan tierna, tan suave, tan cariñosamente sobre su vida de soldado exigente y disoluta que le impedía dedicarle á ella todas sus horas como lo reclamaba, ardientemente, su sangre de amante joven, que él se sintió vencido y resuelto. Dejaría el servicio. ¿Para qué continuar en ese calvario lento y embrutecedor? Ya estaba cansado. Después de diez años de brega no tenía

un cobre ni una jineta envidiable. Siempre le olvidaban y él estaba ofendido, herido en su orgullo. Por otra parte eran tan convincentes las palabras de ella....

—Yo seré tuya, así, hasta el sacrificio; tuya sola y para siempre, sin esperar de tí otro pago que el del cariño. Dejá el cuartel, como yo dejé el vicio y vivamos para querernos. Si podés y querés trabajarás algún día. Mientras tanto yo tengo para los dos. Descansá y quereme mucho, como yo á vos.

Así hablaba la amante criolla, grande en su querer como una leona que envolviera á un cachorro en un abrazo ahogador.

Un poco por pereza, por afan enfermizo de descanso, por esa especie de ciego y fatal impulso hacia el amodorramiento, hacia la indiferencia por todo lo que fuera ejercitar la propia iniciativa, impulso adquirido en el ambiente del cuartel; otro poco por dejadez instintiva, por falta de energía para resistir á aquella seducción ejercitada tan hábil y amorosamente, él se entregó sin mayores aspavientos, no porque dejara de comprender su situación de sostenido ante ella, sino porque el acto se realizaba con tanta expon-

taneidad, tan impetuosa y sinceramente, que le pareció una crueldad rebelarse. Ella no daba, pedía exijiendo. Y él dió, se dió todo entero, tal como era, dejándose absorver, quemar por el calor de aquel afecto avasallante, sin cálculo, enorme y dominante, que no admitía una vacilación, ni una duda, ni un escrúpulo de conciencia.

III

La nueva vida, fácil y sin acción, á la que se encontraba tan bien preparado, fuélo llevando, insenciblemente, á una molicie denigrante. No tenía fuerzas sino para consumir en aquella pasión que lo envilecía porque lo rebajaba como hombre.

Él lo comprendió casi instintivamente. Entonces quiso reaccionar. Buscó trabajo, algo en que ocuparse. Ella lo estimuló también; primero debilmente, mas tarde con im-

perio. ¿Trabajar? ¿Pero en qué? Recien caía en la verdad. Él no sabía hacer nada, nunca había hecho nada, jamás podría hacer nada. Durante su existencia no había aprendido otra cosa que á manejar un sable: y eso era no haber hecho nada... Y hoy era necesario.

La vida empezó á hacerse dificil. De los ahorros aportados por ella al nido no quedaban ni recuerdos. Con la última dolencia de él, que se había hecho delicado, terminó la última moneda.

Aplacado el ardor la vida comenzó á hacerse monótona. La leona amorosa de ayer no tenía para el abrazo el mismo calor ni el el mismo impetu. Él sintió el desvío pero la necesidad le hizo hacer buena cara. Siguió perdiendo en vergüenza y exijió de ella cosas que antes le hubieran repugnado. Hoy nó. Y ella cedió, entregándose de nuevo al comercio infame por espiritu de abnegación, por instinto de sacrificio. La reflección vino más tarde.

IV

Hemos de separarnos le dijo ella un día en que él tuvo una exigencia desmedida. Tuvo en la frase triste é irreparable del rechazo la misma enerjía que otrora para pronunciar la que hubo de ligarlos tan fuerte como temporalmente.

Él la miró con ojos que expresaban algo más que disgusto.

—¿Irte de mi lado? ¡Vos! ¿Y después de todo esto?

Le pareció tan extraño el caso que contuvo la explosión de su cólera como quien no está seguro de lo que oye.

—Esta existencia no puede prolongarse así, continuó argumentando la mujer.

—Vos dirás que no pero yo no pienso lo mismo. ¡Vos sos mía y de nadie más!

Ella sonrió tristemente como diciendo: tuya sí, mientras te quise. Hoy no....

—¡Si te vas te mato!

Y la amenaza cayó sobre ella envuelta en rayos de odio.

Ante la idea de la separación cruzó, veloz, por el cerebro del hombre, la idea homicida. Irse ella, abandonarlo así, significaba para él la muerte. Madre y amante que en mitad del camino le dejaba sin amor que es fuego, desamparado y triste como una cosa de la que ya no se necesita, ya no se quiere y se echa al arroyo, á la primera zanja que se encuentra.

V

—¡Si te vas te mato!

Ella no había creido en la terrible amenaza. Acostumbrada estaba al dolor y al castigo y el temor no fué nunca su consejero.

No amaba, no quería yá, aquel hombre había dejado de ser una necesidad para ella y por eso hoy no titubeaba. Con el mismo valor, con la misma entereza que ayer para obtener cariño, arrostraba el peligro para rechazar lo que no le exijía su naturaleza.

VI

Hoy no vuelvo le había dicho aquella mañana, la más triste de aquellas dos vidas.

Él guardó silencio mirándola como miraría un condenado á quien le leyera su sentencia de muerte.

Haciendo estaba sus preparativos últimos cuando él se acercó resuelto.

—¡Mirá, por última vez, quedáte!

Y fijó en ella sus ojos como dos carbones ardiendo en fuegos desconocidos.

Sin hacerle caso, como quien oye una

queja inútil, la mujer respondió con una frase banal y compasiva.

Fué la chispa. Después estalló el incendió. Como un tigre clavó sus garras en los brazos de la mujer que se estremeció toda entera sin poder hablar.

—¡Perra, tomá!

Y la puñalada honda, traidora y cruel, lo tanto como el insulto, abrió el seno moreno, generoso y luciente. Y el arma cayó una, dos, tres veces....

—¡Mía y de nadie más!....

Era la última puñalada. En ella él había puesto todo su amor....

LA SUGESTION

I

—¿A pistola?
—Sí; á pistola.
—¿Apuntando?
—Diez segundos.
—¿Pasos?
—Veinte.
—¿Hora?
—La seis y media.
—¿Sitio?

—¡Espléndido! La quinta de Andrés, bajo los manzanos en flor, frente al rio azul, allá al oeste, en la parte más alta de la ciudad, la primera que baña el sol...

—¡Asesinos! Están locos todos; ella, la impávida; ustedes los cómplices: ellos, los ciegos, los pobres...

¡Habla, impreca, insulta; todo es inútil! Lo hecho, hecho está.

—¡Y á lo hecho, pecho! ¿no es verdad? Pues bien, sábelo de antemano: ustedes, sí, ustedes serán los responsables de esa muerte. Más aun que él. Porque al fin él...

—Precisamente, en su calidad de ofendido, él ha impuesto las condiciones. Y se aceptaban ó se rehuia el lance. En cuanto á nosotros, teníamos órdenes terminantes de aceptar el duelo.

—¡Ah, bárbaros! Pero ¿no se dan ustedes cuenta del crimen? Estos ojos han visto la proeza. A veinte pasos ese hombre parte una nuez de un tiro. ¿Como quieren entonces ponerlo frente de Ernesto? Piensen ¡oh, irresponsables! que nuestro buen sabio no ha manejado una arma en su vida.

—Tampoco no había tenido ninguna aventura, y sin embargo...

—Sí, una y basta: porque en ésta lo perdemos para siempre, lo perdemos.

—Lo que puedo asegurarte es que él permanece sereno, confiando quién sabe en qué estrella.

—¿No sería posible aún alguna estratagema que impidiera el encuentro? Meditalo, Juan.

—Bátete tú por él y asunto concluido.

—¡Ah, farsante trágico! ¿Conque yo por él? ¿Y por qué no? Puedes creerlo: no sería yo su padrino, á buen seguro, pero su reemplazante sí, sin titubear.

—Bueno, basta. Déjate de reproches y ve luego al club, donde nos será dado presenciar un espectáculo raro en verdad: el de un hombre que no teme á la muerte.

—Hasta luego, entonces.

—Hasta luego.

Y en medio del bullicio de la calle estréchanse las manos los dos amigos.

II

En el club.

—Debe ser curioso el caso. Cuenta tú los detalles. Todos, sin omitir ninguno.

Y un rubio ladino y buen mozo, poniendo en sus frases cierta especie de voluptuosidad propia del tema, explicó cómo Ernesto Daymond, el joven estudiante, gala y orgullo de su curso, había conocido á la bella y valiente mujer, causa del sonado drama cuya última escena debía desarrollarse en el próximo amanecer.

Como siempre, la casualidad los había unido. Entregado á sus libros, él hacía vida de estudio y de miseria. Triste estancia lo guardaba en el piso último de conocidísimo hotel, parodia de piedra de la organización social que alcanzamos, lujo desbordante en

la base, modestia afectada, pasar dificultoso en el centro, fuerza, trabajo, dolor arriba.

Allí, arriba, estaba Daymond, el joven estudiante, gala y orgullo de su curso, y allí, arriba, había llegado ella, Vera, la valiente, la impávida compañera de aquel tirador célebre por su «suerte de la nuez». difícil y peligrosa en verdad. Imaginaos que, finalizando una serie de admirables ejercicios de tiro, en los cuales se hallaba siempre en peligro la vida de Vera, ésta sacaba del bolsillo izquierdo de su pantalón azul una pequeña nuez que colocaba serena, majestuosa, heroicamente, sobre su hermosa cabeza, en el centro mismo de su cabellera, partida con sencillez en dos como la de un muchacho. Un momento de silencio absoluto, una racha fría cortando el ambiente de la sala, y el estampido llegaba aliviando la sofocación de muchos pechos. La nuez había saltado al aire convertida en fragmentos microscópicos y Vera, tranquila, serena, casi fría, saludaba con ademán gentil á un público más estusiasta cada noche.

Como amor encendió aquellos dos corazones, ni se pregunta, ni se explica. No hay pa-

ra qué. Baste saber que los ojos de Vera habían entrado proyectando torrentes de luz nueva en el mísero habitáculo de Ernesto y que éste fué feliz hasta que un descuido, una indiscreción, una fatalidad, si queréis, hizo que el terrible y celoso dueño, el célebre tirador Horman, los sorprendiera en pleno y delicioso idilio.

Horman hubo de matar á Ernesto en aquella ocasión. Pero cuenta éste que los ojos de Vera lo salvaron. ¡Cómo miraron á Horman los crueles, los bellos ojos! Eran ellos, sin duda, los que guiaban la mano del tirador en el teatro. Y al hacer esta observación recordaba el estudiante la forma en que Vera miraba á Horman cuando un tiro fallaba el blanco. Era indudable: los crueles, los bellos ojos guiaban la mano del tirador en el teatro...

III

A la seis y media, padrinos y duelistas estaban sobre el terreno. A pesar de lo que pudiera suponerse, el aire de Ernesto no era el de un condenado á muerte. Por el contrario, su seriedad aparente, si no asombraba, infundía algo de misterioso y sugerente en aquel soberbio despertar de primavera en que por vez primera iba á jugarse la vida en una forma tan loca.

La verdad es que en ese momento él no tenía presente sino los ojos de Vera, los crueles y bellos ojos cuya luz estaba en los suyos y que, podía asegurarlo, guiarían esta vez también la mano del tirador.

—*Un tiro... á veinte pasos... apuntando diez segundos...* Era exactamente la prueba de Horman en el teatro. La «suerte de la nuez»...

¡Pobre Ernesto! ¡Pobre niño! Ni el recuerdo de la clase de ofensa hecha á Horman que, por su índole, ponía al estudiante en tan excepcionales condiciones, constituía motivo suficiente para aminorar el grado de compasión que los curiosos sentían hacia Ernesto, en quien se empeñaban en ver un sacrificado á las iras del tirador. Deseos sentían algunos de insultar á Horman por cobarde.

Revisadas convenientemente las armas, indicados los sitios respectivos de los duelistas por los padrinos, y colocados aquellos en posición de hacer fuego, hubo alrededor de esta escena el mismo sileneio é idéntica expectativa á la que Horman provocara todas las noches en el teatro con su célebre suerte. La imagen de Vera, fría, impasible, estática, estaba allí representada por Ernesto cuyos ojos miraban al tirador con la misma fijeza, el mismo gesto, casi diríamos la misma amenaza, con que la bella mujer atraía hacia sí toda la simpatía de un público conmovido.

Dada la voz de «¡apunten!» se vió á Ernesto, más seguro que nunca, mirar al adversario, sacar su mano izquierda del bolsillo

del pantalón y hacer el mismo ademán, sereno, majestuoso, casi heroico de Vera, al llevarse á la cabeza el fruto que la pistola de Horman no dejaba de herir nunca.

—¡Fuego! Y el prodigio fué. La bala de Horman había pasado rozando la cabellera de Ernesto por el propio sitio donde éste colocara su mano. ¡Horman había apuntado á la nuez!... El estudiante acababa de realizar con él un caso de verdadera sugestión, aprovechando en su beneficio la fuerza de la costumbre. Demás está decir que la bala adversaria sólo consiguió asustar á dos gorriones que saltaban, traviesos, entre los manzanos en flor.

. . . . . .

Ante sonrisas incrédulas, Ernesto sostiene que los ojos, los hoy para él dulces y siempre bellos ojos de Vera, habíanle salvado la vida por segunda vez. Los bellos ojos cuya luz estaba en los suyos....

RESURRECCION

I

Cuando él iba muy borracho, como esa noche, ella lo desnudaba. Le sacaba la ropa á tirones y rezongando. Después, ya con su hombre en casa, acostada á su lado, la pobre muchacha rememoraba el pasado.

Lo había conocido una noche en el harem popular donde ella hacía de odalisca. Llegó sólo, en momentos que un bárbaro la golpeaba con el aplauso de un grupo de com-

pañeros. ¡No podía olvidar la escena aquella! El se paró ante el grupo, lanzó un reto audaz al agresor y la escudó con su cuerpo. Hubo lucha. Apesar de su audacia, no pudo imponerse sin esfuerzo. Le vieron solo y creyeron fácil dominarle. Era pequeño de cuerpo y sin exterioridades que le hicieran aparecer temible, pero resultó que el alfeñique aquél tenía músculos de acero y un valor personal que excedía á toda ponderación. Atropelló con tal ímpetu, que la pandilla se vió arrollada en el primer instante. En medio del tumulto, á traición, le hirieron. Cayó con la cabeza rota. Se levantó, sintióse herido, bañó sus manos en la sangre que le cubría la cara y, ciego de coraje, azotó con ellas.

Lo evocaba así siempre, lleno de sangre, altivo, loco, arremetiendo contra el montón de cobardes, defendiéndola como un héroe, cayendo y levantándose con más brío cada vez, hasta poner en fuga á la pandilla.

Esa noche se había quedado. Ella, temblando, le lavó la herida y le dió muchos besos. Él se reía de su hazaña como si se tratara de algo que no debiera extrañar á nadie. Esto

le daba ante los ojos de ella mayor realce y hacía que su figura creciera en su imaginación.

Por la mañana, cuando quiso irse, ella le pidió que volviera pronto. Él se lo prometió. Pasaron días. ¡Cómo sufrió durante la espera! No se perdonaba el no haber averiguado su nombre. ¡Y pensar que no se le había ocurrido siquiera preguntarle dónde vivía! ¡Que bruta era! ¡Le había tratado casi como á los demás, como á uno de tantos, sin darle, quizás, más de lo que diera á otros! ¡No podía perdonárselo, no se lo perdonaría nunca!

Cuando él volvió, al cabo de muchas noches, ella experimentó la más grande de las alegrías á que podía aspirar en su cautiverio.

Tuvo su nombre y su dirección. ¿Por qué no había de dárselos? ¿Qué mal podía traerle aquello? Nada más natural que ella supiera quién era y adónde vivia. Él no se resistió. En realidad le halagaba el interés que ella demostraba por su persona.

Después el harem popular fué teatro de un verdadero idilio.

—No te creo, solía decir él.

—Tampoco yo, en tu caso, creería. Pero

es así. ¿Por qué no hemos de querer *nosotras* también? Y más que *ellas*, porque hemos sufrido más.

—Pero ¿por qué te emborrachas? No quiero verte así ¿sabes?—le dijo una noche. Y la pobre muchacha, la asilada de prostíbulo, le dió consejos morales.

—Si no me emborrachara no vendría á verte—contestó él sombrío.—Escucha ¿quieres salir de aquí? ¿Quieres que yo te lleve? —agregó después dulcificando el gesto.

Ella nada dijo, quedando como abatida. Esperaba, más bien dicho presentía aquello, pero no tan pronto, tan de improviso. El placer que le causara la proposición, se exteriorizó en sus facciones de una manera extraña. Tal como si un dolor la hubiera anonadado.

Él, sin comprenderla, se exasperó.

—Si no quieres, bueno. ¡Quédate en la cloaca! Al fin y al cabo....

Sin dejarle terminar la frase ella se echó á su cuello. Lloraba á mares. Sobre el pecho del hombre se deshizo en lágrimas.

Al día siguiente se marchaban juntos, bajo

la mirada infame del rufián que murmuraba contra él.

Muchos buenos y malos días transcurrieron.

Él trabajaba para sostener la casa, pero de noche regresaba borracho.

Y los consejos y las súplicas de ella resultaban inútiles. Era bueno pero no la atendía. Y su naturaleza degeneraba por horas.

—¡Qué hacer! — decía ella cuando él iba muy borracho, como esa noche. Y se pasaba en vela rememorando el pasado.

II

Al día siguiente tenía formada su determinación. Mientras almorzaba se paró frente á él y le dijo muy seria:

—Si otra noche vuelves así yo me voy ¡te lo juro!

Era tan enérgico el tono, tan resuelto el ademán de ella, que él la miró asombrado.

—¿Te vas? ¿Te vas? ¿Y á donde? Iba á echarle en cara su proceder, pero se detuvo.

—Bueno, si no quieres, me dejas. ¡Volveré á la cloaca! Al fin y al cabo...

Fué como un tiro. No se le había ocurrido que pudiera suceder eso. ¿Volver allí, ella? ¿Y por qué no si había estado tanto tiempo?

Sin terminar de almorzar se fué al trabajo. Ella le esperó como siempre.

Llegó la noche y él no quiso salir.

Así una semana.

No había duda. Ella lo regeneraba.

III

Una tarde, la tarde de un día de fiesta, charlaban amablemente sobre la vida futura.

Vivían tranquilos, porque él ya no se emborrachaba. De pronto ella se acordó de sus padres y se le nublaron los ojos. Todavía había en ellos mucha tristeza. Cuando estos recuerdos la asaltaban, él permanecía mudo. Temía interrumpirla con alguna observación banal.

—No los veré más, dijo ella.

—¿Quién te lo impide? dijo él.

—¿Quieres saber una cosa?—Y se levantó. —Tóma y lee.

La carta empezaba así: «No creemos en lo que nos dices; tú has muerto para nosotros. No te acuerdes que tienes padres. No reconoceremos jamás á una perdida como tú...»

No cotinuó. Iba á romper la carta, colérico. Ella le cogió el brazo.

—¿Qué quieres? dijo. Tampoco tú creías Acuérdate...

¡ASI!

I

Cien veces había clamado en las reuniones de amigos contra el derecho de muerte que se abrogaban los hombres sobre las amantes infieles y traidoras. Cien veces había yo oido de sus labios la altisonante palabra de protesta gesticulada entre arrebatos un tanto liricos pero preñados de argumentos.

El derecho del hombre, decía, ejercitado

en detrimento de la libertad femenina, está solo en su fuerza de bruto. Ella, la fuerza, le ciega. Si razonara un instante, si fuera capaz de meditar un segundo en medio de los relámpagos de su cólera producida por su orgullo herido, por su vanidad ultrajada, desaparecerían para siempre los actos de violencia indignos, injustos, bárbaros y repugnantes con que se han manchado las generaciones que nos han precedido y se siguen manchando las presentes.

Y por ese tenor, amontonando ejemplos probatorios, llegaba á afirmar, incontestablemente, la falta de equidad en las relaciones de los sexos, relaciones en las cuales el hombre llevaba siempre la mejor parte, puesto que él era, al fin y al cabo, ayer como hoy, el dueño y señor, el amo en la casa, el dominador en todas partes.

La cuestión económica era, naturalmente, para él, la que obstaculizaba aun la independencia verdadera de la mujer, constituyendo el principal lazo, la mas fuerte ligadura esclavizadora. Sin independencia económica no sería posible nunca obtener la verdadera libertad de los sexos recla-

mada, imperiosamente, por la razón y la vida.

Claro está que se consideraba un libertado del prejuicio en boga. Estaba unido libremente á una hermosa mujer que le acompañaba en la vida como una alma gemela alentadora y llena de bondad, algo así como un espíritu hermano, lleno de dulzura, que le alegraba las horas dándole, en cariño, todo lo que exigía su ardiente naturaleza.

La verdad era que al contemplarles juntos nadie hubiera pensado que tan pronto aquel dogmático teórico iba á ser puesto á prueba en una forma tan decisiva.

En sus libres relaciones de amor, él afirmaba, habían sido escluidos el engaño y la falsía, ya que la más libérrima voluntad precediera aquella unión. Desde que ningún interés mesquino había hecho presión sobre aquellos dos seres mal podían los convencionalismos ni las fórmulas falsas y antinaturales inmiscuirse para nada en sus destinos. Se habían deseado, se querían y basta.

De esto deducíase, lojicamente, que si

mañana, por una causa no prevista pero no por esto imposible de acontecer, cesara aquel amor, la misma libertad que los uniera sería la que debiera separarlos.

Nunca él hizo alusión á la posibilidad de esta circunstancia como si, pese á sus ideas al respecto, un vago temor le atara la lengua. El temor no era de advertirse, mucho más si se tiene en cuenta que la circunstancia podía ser prevista por cualquiera dados los antecedentes espuestos. El caso era de aquellos que se encuentran fuera de toda discusión. La solución del problema, en caso de plantearse, estaba resuelta de antemano.

II

—Yo no debo engañarte. No debo, no quiero; aparte de que no habría objeto en ello.

La voz de la compañera vibraba en su garganta con un timbre algo extraño. Era una voz serena si, pero cargada de emociones. Salía la frase como envuelta en un efluvio doloroso aunque resuelto.

El aire tibio de la tarde estival que penetraba por la ventana entreabierta del comedor alegre, daba mayor fuerza é la expresión haciéndola más penetrante y aguda.

—No debes engañarme... si... no quieres... pero ¿por qué hablas así?...

La frase terminó en un ruego. La pregunta parecía decir: si no hablaras te lo agradecería. La sospecha de algo grave, de algo muy triste, irreparable y muy angustioso, cruzó por el cerebro del hombre amante, del compañero cuya vida—¡oh, ahora lo sentía como á través de una adivinación súbita!—estaba toda entera en la voluntad de aquella mujer.

Ella, sin dar á conocer que sus ojos penetrabran en la sombra del drama que agitaba el espíritu del hombre, continuó impertérrita:

—La libertad que nos unió separará nuestros cuerpos. Ya no soy tuya...

El le tapó la boca, como queriendo evitar la confesión completa que lo hería en lo más hondo.

La cabeza triste de la mujer se dobló sobre la mano del hombre.

—Si quieres, prosiguió ella, seremos siempre amigos. ¿Por que nó?...

—¿Por que no? repitió el hombre maquinalmente. Y se abismó en su pena.

Después, en nombre de aquel amor embargante, pidió, casi exigiendo, que no le abandonara así, tan de improviso, tan repentinamente. Él sufría, ella lo sabía, lo veía; debía hacerlo, no por obligación, sí por cariño.

Ella formuló una promesa, un débil consuelo en frase breve. Esperaría.

Como un rayo estalló de pronto en él algo parecido á la cólera. Apesar de aquella franca declaración se consideró engañado y los celos terribles estallaron, tan terribles y grandes como el mismo afecto que le embarazaba.

Tuvo entonces exigencias que ella resistió, exponiendo las mismas ideas que el propagaba. La mujer las aprovechaba todas en favor de su resolución. Su voluntad era esa hoy

como ayer fué la de atarse á su suerte. ¿Podía él impedirlo? ¿En nombre de qué ley, de qué razón, de qué fuerza? ¡No, no, y no! Él también estaba fuera de la verdad, de la vida. ¿Cómo podía exijir de ella lo que, en caso análogo, hubiera repudiado en otros?

La escena terminó brutalmente, perdiendo el hombre en razón lo que ganara en violencia.

—¿Sería, al fin, como los demás?... Él mismo era quien se formulaba la pregunta. Y tuvo vergüenza de hacer lo que hacía.

III

Tres días habían pasado, tres días de dolor, de dudas horribles, de sombras martirizantes. El hombre razonaba pero no se entregaba á su destino.

En la mañana del cuarto día un hecho sospechado lo sacó de quicio. Ella recibió una carta perentoria cuyo texto quizo ocultar.

—¿Para qué? le dijo. Por él mismo lo hacía. Debía partir y él no indagar más. Dejarla, en una palabra, ejercitar su voluntad sin ponerle un obstáculo.

—¿Dejarla? Pero eso era resignarse al sacrificio, entregarse al dolor, á la desesperación, al martirio.

Tuvo otro ímpetu y corrió hacia la mujer.

—¡Dáme esa carta!

—Tómala.

—.....

—Bueno... ¿Y ahora?...

—¡Ahora te quedas!

—¿En nombre de qué?

—¡De mi fuerza!

Ella rió nerviosa, agitada, casi con estruendo.

Y él viéndolo todo, abarcando en una gran mirada la inmensidad de su desastre, resolvió su destino con sus propias manos. Le asió el cuello, el cuello blanco y sin mácula, y, moderno Otelo, la ahogó sobre

el sofá del comedor alegre, impregnado de aire tibio.

—¡Así! ¡Así! ¡Después yo! ¡No tengo razón! ¡Ya sé! ¡No tengo razón pero te mato! ¡No importa! ¡No tengo razón, no tengo razón! ¡Ya sé! ¡No importa! ¡Asi! ¡Así! ¡Después yo!...

CADENAS

I

Era ella fuerte y altiva. Y nadie, hasta entonces, habíale hecho abdicar de su fiereza. ¿Como iba á explicarse, pues, el dominio ejercido sobre este ser superior por aquel vulgar hombre, aquel rudo capitán de barco, vicioso, disoluto, cruel siempre que se hallaba bajo la acción del veneno, humilde y lamentablemente bajo cuando la depresión física le invadía? De alta y fornida figura, era el ma-

rino bellamente varonil, es cierto, pero sin ninguno de los demás atractivos que parecían necesarios para servir de compañero de vida á una mujer tan admirablemente dotada como lo era aquella Laura, ave errante y libre, á quien por casualidad encontrara al llegar de arribada á un puerto mejicano.

¡Ay! ella misma no podía explicárselo. Aquel hombre se había adherido á su vida como el dolor á la carne. Y no podía desprendérselo. Así, cuando, desesperada, como una vaga impulsiva, á raíz de una escena brutal en que el borracho la golpeaba, ella salía huyendo de un lugar cualquiera, allá, á través del mundo, la sombra del barco de Carlos,—tétrica sombra,—iba siempre implacable, siguiendo al «transatlántico» en cuya velocidad Laura pusiera, momentáneamente, su destino. La encontraba para pedirle perdón y besarla de rodillas, tan servil é indigno, pasado el exceso, como indómito y terrible en la borrasca.

—¿Qué quieres de mí? decíale ella entonces. Separémonos de una vez, para siempre. Será mejor para tí y para mí. Esta gimnasia destruye demasiado. No podremos

resistir. E insistía invariablemente. Llegó á suplicar: «¡Por tí! ¡Por mí!»

—Moriremos juntos. Prométemelo, argüía el marino.

Vivaz, ardiente, febricitantemente, ¡cuando quieras! contestábale Laura, entreviendo el descanso. Pero no se atrevía. ¡El muy cobarde!

Al fin, la mujer triunfaba en ella y el perdón, compasivo y noble, aparecía en sus labios, que un gesto de dolor contraía amargamente.

Pero la escena, uniforme y feroz, se repetía al poco tiempo. La acción del veneno era la misma bajo todas las latitudes. Y la altivez y la fuerza de Laura volvían á rodar por la alcoba, cuyos tapices manchaban los vómitos del ebrio. ¡Oh, noches de amor y vino en que él, rabioso, mordía sus carnes, las carnes palpitantes de sus senos frescos, como frutas maduras que calmaran los ardores de un sediento! ¡Oh, noches de placer y dolor en que él rugía y ella, sollozante, tragábase sus lágrimas de vergüenza, mientras continuaba escuchando, como una obsesión ya, las fra-

ses consoladoras de Carlos: «moriremos juntos, prometémelo!...»

—¡Eres cobarde, Carlos! ¡No has de atreverte nunca! ¡Hiere! ¡Que el vino y la sangre deben hacer buena mezcla!

Cuando ella hablaba así, mirándolo fijo y firme, él sentía, allá en lo hondo de su ser, algo que le daba frío. ¡La mirada era tan firme y tan fija!...

—Es que, si tu no lo haces, adviértelo bien, díjole una noche, yo...

Cortándole las palabras, el pretendió someterla como otras veces, y, loco, delirante, levantó su mano.

Ella sintió que un vértigo le arrebataba. Atajó el golpe del bárbaro; subió á la altura del hombro el puñal morisco que le sirviera de cortapapel, lo hizo cruzar, rápido, frente á los ojos de Carlos, y llena de ansias, lo hundió, hasta el anillo de oro, en pleno pecho blanco y velludo.

—¡Te lo prometí! Si mueres, partiremos juntos. — Y del cuerpo caído y sangriento arrancó el arma.

Altiva y fuerte, Laura volvía por su fiereza.

Escasa tarea hubo para la justicia. Aquel borracho, hermoso como un dios, tenía también su dignidad. Por eso, cuando ella declaraba la verdad, toda la verdad del crimen, Carlos, desde su cama triste, hacía recaer sobre él toda la culpabilidad del acto. La herida era obra de sus propias manos. Y ella, inocente.

II

Bella, tranquilla, llena de sol y aire tibio y vivificante, era la tarde en que Laura se dirigía, por última vez, hacia el hospital neoyorkino donde Carlos convalecía.

—Lo prometí y lo hubiera cumplido. Si

morías, no hubieras partido solo. Pero tu cobardía nos separa. Si tú hubieras dado el golpe, á estas horas... En fin, tu te salvas y yo parto. «¡Good bye!»

Por primera vez ella le hablaba á Carlos en su idioma. ¡Y con qué palabras!

—«¡Good bye!»—repitió el marino como un autómata, en un tono que parecía decir: «sobre el mundo mi barco no volverá á encontrar tus huellas».

Y aquel «¡good bye!» repetido en aquel instante, tornábase aún más trágico que la puñalada de Laura y el gemido de Carlos en la noche infausta, porque era la sintesis final de un poema triste, del poema triste de aquellos dos seres hechos de pasión y dolor.

III

Afirmada en su fiereza, al franquear las puertas del hospicio, Laura pensaba que aquella noche, al herir, no había herido á «su» hombre, sino á «un» hombre. No amaba ya. He ahí todo. Por eso la rebelión que allí fué castigo. Contra el ultraje, la puñalada. Veía sangre en sus manos y se decía melancólica: el amor no supo verterla. Indudablemente, no amaba ya...

De Sacrificio

MARGARITA CRIOLLA

I

Así, al pasar,—como quien compra frágil juguete de niño en el bazar más cercano,—triste y hermosa flor de miseria, tomóla él aquella noche para aspirar su perfume.

Pasagero, poco persistente, falto de fuerza intensiva, como el deseo momentáneo que le arrastrara, consideró nuestro héroe el aroma de aquella margarita, que cruza-

ba, fresca y luciente aún, pero perdiendo una hoja cada día por los bulevares porteños.

—¡Todas eran iguales! pensaba él cuando en el gabinete reservado del café elegante, entre sorbo y sorbo de brebaje ardiente, acercaba sus labios de efebo, torpes y exigentemente jóvenes, á los dóciles y ejercitados de la manceba comprada.

—¡Todas eran iguales! Entonces ¿por qué había de proceder con ella en forma distinta á la que usara con otras? Terminó, pues, de darla besos y—como siempre, eso si ¡pobre muchacha!—pagóselos en buen oro contante y sonante.

Antes de separarse ella, como otras muchas, contóle cosas muy tristes en las que él no puso gran atención, á pesar de que la voz femenina adquiriera, más de una vez, el tono de las grandes sinceridades. Y cuando ella insistió en la orfandad de su vida, en su dolor sin consuelo, en su pena sin tregua, él no hizo otro gesto que el acostumbrado para todas estas emergencias, de las cuales se desea salir apresuradamente, tal como cuando en la calle os detiene un desgraciado con la ma-

no tendida. Si tenéis dáis, para poder continuar, libre de obstáculos dolorosos, vuestro camino. ¡Fuera interrupciones! Estáis de prisa, la vida es corta y apenas si hay tiempo para ocuparos en los asuntos más personales.

El buen muchacho no tenia amor; no podía darlo, pues. Y, como estaba de prisa, siguió su marcha ante la vagabunda que desde entonces tuvo un poco más de sombra en los ojos, más palidez en los labios y allá, en el fondo de su ser intimo, un montón más de amargura.

II

La ví al comenzar esta primavera. Seguía vendiendo sus gracias pero no á él. *¡A él nunca!* dijome un día. *A no ser que...* ¡Oh, que rayo de esperanza vi iluminar su rostro! ¡Cómo miró en la noche creyendo penetrar en las obscuridades de su suerte! No es

concebible virginidad más ingénua que la revelada por aquellos ojos ¡Pobrecita! Miró y creyó en el fantasma.

A no ser que... Esto equivalía á decir: «á él nunca ó para siempre». Estaba perdida. Él, por vanidad ó porque sí, la gran razón, se dejó querer. Claro está que ella no exigió promesas. ¡Qué había de exigir la infeliz mendiga de cariño! Y amó ciega, loca, con fuerza única.

La arrastrada, la perdida, la perra de lupanar fué, después, un ejemplo de limpieza de cuerpo y de gentileza de espíritu de índole tan elevada que bien pudiera aprovechar á más de una coquetuela frivola é inócua de esas que abundan en los salones lujosos.

Pero ella daba lo que no podían retribuirle. Él no la comprendía, ni podía, ni quería, en último término, comprenderla. ¡Oh, dolor!

III

Así las cosas, un día ella despertó con un pensamiento.

Estaba sola y triste. Más, mucho más, que cuando se ofrecía en las calles al primer transeunte. Hacía tres días que el amante faltaba. ¿Qué hacer? Recorrió de un solo vistazo retrospectivo toda su terrible vida pasada y lanzando al porvenir una sonda enorme no pudo llegar al fin. ¡Tan profundo era y tan negro! ¿Qué hacer? volvía á repetirse. Tenía en sus manos la sábana de hilo fino que había enjugado sus lágrimas de tres noches. Acariciaba el tejido con cierta fruición inconsciente cuando sus ojos se detuvieron en un soporte de hierro que sobresalía de la pared como un palmo. ¿Morir? pensó. ¡Y por qué nó, si era tan fa-

cil! Hizo el nudo y se colgó. El hilo fino y suave de la sábana arrugó, levemente, el cuello limpio y blanco ¡Lirios! ¡Lirios! ¡Lirios!

Esa tarde, los diarios daban la nueva. Uno de ellos decìa en su sección policial: «La muchacha de vida alegre N. N. ha sido encontrada muerta en su habitación. Se supone un crimen por robo. La autopsia del cadáver será hecha hoy por el doctor X.» Ni una palabra más.

De esta manera la prensa anodina de la época que alcanzamos daba cuenta á sus lectores de uno de los poemas de amor y desesperanza más grandes en que se hayan visto envueltas las almas de hoy.

LA LLAGA AL AIRE

—¡Es una perdida! decía la gente al ver cruzar por las calles del pueblo, siempre á altas horas, su gentil silueta que se recortaba en las penumbras. Y tiene hijos grandes, y es enferma, y no se cuida, y contagiará á los que esten á su lado, y....

Ella á esas horas iba á un baile plebeyo. A uno de esos *piringundines* de campo á donde concurren verdaderos amadores del arte en busca de buenas compañeras, de sujetos para realizar su placer, el placer de la danza que es también un ritmo, porque hay poetas de la danza, como los hay del

pincel, como los hay del verso, como los hay de la música. Y ella era una musa. Jamás en el pueblo había memoria de que cuerpos como el suyo hubieran pisado un salón de academia. Ese armazón era hecho para el baile. Habia que verla con un acompañante diestro. La concurrencia se detenía á admirarla. Mecíase airoso su cuerpo, entregado, en absoluto, como en un arrobamiento, como en una abstracción, al compás de una habanera ó de un tango, supremas síntesis de la voluptuosidad popular; ora, con gracia felina, arrastrábase quebrando en la más compadre milonga que hayan visto ojos de criollo; ya se alzaba, ágil, en el giro vertiginoso de un vals y era un ovación la que se oía al cruzar como con alas por el salón hecho cancha para que se luciese la moza; ó bien, con la intención aviesa de la hembra humana, en el requiebro de un gato, de un pericon, ó de una zamba exhibía, provocante, el busto, erguidos con altivez los senos que parecían querer libertarse rompiendo la prisión del escote.

Asistíamos al baile acompañados del mé-

dico y de otra persona amiga que deseaban hacernos conocer todas las peculiaridades de la pequeña población.

Vamos á llevarlo esta noche á presenciar un curioso espectáculo, habíanme dicho. Y cumplían su palabra.

Estabamos en la gran sala ó galpón. Muchas parejas, mucho ruido y gran movimiento. De pronto una aclamación. Los danzarines se detienen. Era ella, la reina. Llegaba sola, como siempre. Cien brazos se tienden. Ella sigue sin prestar atención, sin dar vuelta la cara, una vez siquiera, hacia el mostrador que se alza, allá, en el fondo. Llega y llama resuelta. Pide. Se le alcanza un vaso lleno. Lo apura de un sorbo, gira sobre sus talones y se cuelga del primer brazo que encuentra á mano. Se diría que ella iba allí como quien realiza un deber. Al enfrentarse á nosotros no puedo menos de lanzar una esclamación.—¡La bailarina está enferma! Lleva una venda, fina y fuerte, en el rostro. Tras la venda he sospechado algo horrible.—Un cáncer.... me dice el médico. Ocho meses de vida, apenas. Es enferma mia...

—¿Y porqué aquí, entónces?

El médico sonrie amargamente. Es su trabajo, agrega. Baila á tanto la pieza, como las otras. Con eso la infeliz mantiene á los hijos. Y, antes de que yo viniera á la localidad, pagaba al médico... Baila como nadie y la buscan á pleito. Pero no la quieren para otra cosa... Se diría que el dolor, que el hambre, le han enseñado.

—¡Vaya unos maestros de baile! digo formulando, mentalmente, la tragedia.

En ese preciso momento la cancerosa lucía sus habilidades en medio de la sala, circuida por casi toda la concurrencia. Nos acercamos á contemplarla. Era un delirio. Jamás danzante alguno puso mas entusiasmo en su tarea. Se emborracha bailando! dice un curioso á nuestro lado. Barajamos la frase en el aire. La intuición popular habia acertado, como siempre. Ébria de dolor aprendió á bailar. ¡Y ahora se embriagaba bailando para olvidar el dolor!

No sé porque cuando, al terminar la pieza, ella pasó ante nuestro grupo, moviéndose todavía con cadencia, recordé la figura de aquellos condenados que, haciendo contorsiones raras, marchan hacia el suplicio cantando locas canciones.

LA EXPLOTADA

Del primer bofetón la mujer había rodado, con el labio partido, al pie del lecho de hierro.

—¡Hija de perra! Yo te voy á enseñar. Dos días fuera de casa para venir sin medio. ¡Qué te has pensado!

El *souteneur* francés es el *canfinflero* criollo. Más bruto éste, quizá, porque de cuando en cuando el puñal ó el revólver brillan en sus manos con fulgores trágicos.

Por eso, después del golpe, al pararse la hembra humillada y maltrecha, el bárbaro exclama:

—Andá y volvé. ¡Mirá que si te hacés la otaria otra vez te abro de un tajo!

Entonces, por las aceras tristes del suburbio que duerme, baja la pobre explotada á vender caricias en las calles alegres del centro urbano.

¡Allá va, montón de amargura, dolor condensado, pena jigante, llaga eternamente viva, á sumirse en el pudridero la carne esclava!

¡Queja siempre sofocada, lamento nunca oído, cómo te elevas en la noche buscando un refugio que no encuentras en el pecho del hombre, feroz siempre, garra en acecho, perpétuamente abierta sobre la flor sin savia

UN REGENERADO

I

Por tercera vez el poeta había tropezado en la calle con aquel pobre muchacho de aspecto claudicante, cubierto de andrajos mal olientes. Por tercera vez había sentido en su presencia el mismo pesar, la misma lástima, idéntica angustia.

Ese día no pudo resistir á la tentación de interrogarle. Su juventud y su desgracia, amalgama de sombra y luz, le atraían, po-

derosa, irresistiblemente. ¡Oh, cómo sentía latir en su pecho el amor al hermano caido! ¡Qué cantidad de dulzura la que rebosaba en su alma al pensar en aquel dolor lascinante, agobiador y terrible, presentido al travez de la mirada triste y mortecina del mendigo!

Sí, estaba resuelto, Él le hablaría haciendo deslizar en sus oídos las suaves palabras que la caridad, ese ángel bueno, le dictara. Y ¿por que no? Lo levantaría de la charca mostrándole el buen camino con índice seguro. Sería la suya obra de regeneración digna de Cristo mismo. ¡A la acción, pues!

No opuso el mendigo obstáculo serio para la realización de tales fines. Claro está que él trabajaría, que haría lo posible por obtener el sustento propio.—¿Querían ayudarlo? Bueno. Consentia en ello. Sería hombre de bien.... Por su parte no había inconveniente.

Lo que extrañaba y conturbaba un tanto al poeta era esa falta de entusiasmo, ese gesto casi indiferente, rayano en frialdad, con que el joven mendigo acojía la solicitud de sus ofrecimientos.

Es cierto que él aceptaba todo, la protección inmediata, cariñosa, casi impulsiva, con que se le obsequiaba; pero lo hacía con un dejo tal de resignación, de abandono íntimo, de desesperanza profunda que el poeta se sintió herido en sus sentimientos y vaciló un instante presa del estupor.

—¡Cómo! se decía. ¿De qué pasta está formado este hombre único que así, pasivamente, rechaza su redención? Porque para él era un rechazo aquella actitud extraña en la que un fino y experimentado observador hubiera entrevisto una convición profunda de lo irreparable.

II

Dilucidado el punto, el poeta guió al mendigo hasta el camaranchón, con ínfulas de *restaurant*, donde solía almorzar y en donde gozaba de crédito y, mas que todo, de

estima y admiración. Un verdadero *caso*, como él decía.

Juan, su gran amigo—pensión completa en el *restaurant*—observaba desde la puerta. Al divisarle tuvo un gesto de asombro cambiado en breve por otro de entusiasmo y simpatía al conocer el acto y la intención del poeta con y hacia su protejido.

—¿Te das cuenta?

—¡De todo!

—¿Me ayudarás en la obra?

—¡Con el alma entera!

—¡A la obra, entonces!

Y, palpitantes de emoción, condujeron al miserable al fondo de la casa.

Hubo que bañarle. Solo, el joven mendigo no podía con sus lacras. El maestro, en la escena bíblica de la última cena, lavando los piés á sus discípulos, resultaba empequeñecido ante la figura de aquellos dos valientes y abnegados seres de caridad y de

ternura despojando de sus podres á aquel ángel de estercolero.

—¡Dáme el jabón!

—¡Levántale ese brazo!

—¡Restrega esa pierna!

—¡Mira ese ombligo!...

—Ahora la cabeza.

—Abre el bitoque. Otra vez. Agua.... agua... agua... más agua... más...

—¿Tienes un cepillo en tu cuarto?

—Espera....

En tanto el joven mendigo, allí, en medio del baño, permanecía ciego, mudo, impasible, como extático, diríase sin movimientos, agotadas las fuerzas en los resortes de su organismo, tal un muñeco en una fiesta de muchachos locos...

—Toma y refriega fuerte.

—¿Sabes una cosa?

—Dí.

—Para esto no basta el agua... ¡Pobre cabeza!

Los dos amigos se miraron expresivamente.

Y Juan salió de nuevo y con más premura en busca de la botella del kerosene...

Esa tarde, ya aseado y vestido, el mendigo fué comensal en la mesa del poeta. Contó una historia triste y comió poco.

III

Gracias á la decisiva influencia de sus benefactores al poco tiempo el joven mendigo prestaba en el hotel sus servicios de mozo de limpieza.

Trabajaba con tezón desde el amanecer hasta altas horas de la noche en que la casa cerraba sus puertas. Todos alababan la noble y regeneradora acción del poeta pero nadie, aún, se había atrevido á interrogar al mendigo de ayer respecto á su opinión sobre aquella. Unos por consideración, por delicadeza; otros por indicaciones del mismo poeta á quien tanto deseaban complacer los clientes del hotelucho y, los más, porque la ac-

titud del mozo no les daba pié ni entrada en su intimidad.

Y esa actitud desconcertadora había concluido por desesperar al poeta. ¡Jamás un rayo de júbilo en esos ojos! ¡Nunca una sonrisa en esos labios! ¡Siempre, en el gesto, la misma desesperanza! ¡Y ese silencio!.. .¿Por qué?

Un día....

Reunido estaba el grupo de íntimos rodeando la mesa grande del comedor. Se charlaba vivazmente, terminado el almuerzo. El poeta, como siempre, era el alma de la reunión. De pronto, con sus útiles de limpieza bajo el brazo, apareció el muchacho recojido en las calles hacía ya horas...

Juan, su segundo protector, discreto hasta ese instante, sintióse dominado por un impetu de imprudencia. Le llamó y, á boca de jarro, le espetó tres preguntas seguidas que obtuvieron una sola respuesta.

—¿Estás contento?

—¿No podrás negar que te hemos transformado en un hombre?

—¿Ni decir que la caridad es mala cosa?

La contestación del muchacho fué una evasiva.

—Si señor, así será...

Juan, visiblemente incomodado, miró al poeta. Este hizo un movimiento nervioso que el amigo interpretó como un deseo de saber la verdad, toda la verdad.

Entonces interpeló al muchacho con rudeza. Le dijo:

—¡Pero tú no eres un imbécil! ¡Habla, por Cristo! ¿Dudas de la caridad?

El muchacho se irguió todo entero y habló dejando caer las palabras, una á una, como si fuera sacándose del fondo de su ser un peso enorme,—cuatro mil kilos de angustia, —con el cual ya no pudiera.

—La caridad, dijo, sí, la caridad es una buena cosa... Por mi ha hecho lo que por nadie.... ¡Y á mi me ha hecho sirviente!

Y se alejó con todo el aire de un hombre que quisiera huir hasta de si mismo.

En la mesa no reia nadie. El poeta estaba rojo de vergüenza.

Ahora, solo ahora, sabía la verdad; toda la verdad...

De Pueblo

EL INFRACTOR

—¿Yo, servir? ¡No! Ni me enrolo siquiera. ¿Pa qué?

—¿Y si te agarran?

—Eso es otra cosa. Al fin y al cabo si me agarran, bueno; me harán marchar á la fuerza, pero mientras tanto yo no me ofrezco, como un cordero, para que algún bellaco, de esos que hay tantos en los ejércitos, pretenda molerme á palos con el pretesto de que no sé maniobrar como un títere. Yo, muñeco no soy de nadie, y acordáte, si por desgracia me pasa algo malo, que la culpa será de ellos.

—Vas por mal camino hermano y no te arriendo las ganancias. Fijáte que ellos son los que tienen la fuerza.

—Y nosotros también ¡que diablos! Digo nosotros, el pueblo. Y si no fuéramos tan mándrias otro gallo nos cantara. Un poquito de corage no más y ya verías como cambiaban las cosas.

—¿Pero entonces vos querés resistirte contra la ley? Eso no se puede, ché. ¡Contra la ley no pelea nadie!

—¡La ley! ¡La ley! ¿Y que te has creido vos que es la ley? Una maldición pa nosotros, los pobres, los desgraciados.

—La ley es igual para todos, hermano.

—Y aunque así fuera. No la acepto si ella está contra lo que yo siento. ¡Cuantas veces la ley no es sino el capricho de un maula!

—No te entiendo, hermano. Vos lees libros, te embaruyás la cabeza y me decis después á mí cosas que no he escuchao en la vida.

—Mirá hermano. Antes, cuando yo era más muchacho y veía una injusticia—¡y he visto tantas!—se me alborotaba la san-

gre y me ponía ciego de rabia. Yo creía que los hombres, los que mandaban, eran todos malos, que nosotros, los que sufriamos, eramos todos buenos y que contra esas cosas no había remedio. Hoy, en cambio, sé que ellos, los que á su antojo hacen leyes, son unos pillos y nosotros, los que sin decir nada aguantamos, unos sonsos.

—¡Y, bueno! Hay que conformarse; así tendrá que ser, no más.

—Es claro. Y como ellos saben que nosotros, los de abajo, nos hemos de conformar, no más, apretan las clavijas que es un gusto. ¡Hasta que estalle la cuerda!

—¿Que querés, entonces? ¿Hacer como Moreira y pelear á la autoridá?

—¿Y porque no? Pero con más conciencia que él, porque Moreira peleó como yo lo hubiera hecho cuando veía una injusticia y me ponía ciego de rabia. Peleó sin pensarla...

—¿Así es que hoy vos sos más todavía que Moreira? Mirá que ese pa mi que ni esistió, apesar que hay quien diga que lo ha conocido...

—Bueno ¿pero vos crees que yo eissto?

—Si no me mienten mis ojos te estoy viendo.

—Sabé de una vez por todas, entonces, que yo no sirvo en el ejército y que ni siquiera me enrolo. Y ahora contestáme una cosa. Si todos, todos entendéme bien, hicieran lo mismo ¿con quien formarían ejércitos los gobiernos?

—Hermano, me ponés en un apuro. La verdá es que no sé que contestarte.

—Pelearían ellos solos. ¿Vos crees?

—¡De juro! Has acertao.

EL REBELDE

Mirá hermano, es inútil que te aflijás y te sacrifiqués. ¡Todos son piores! En la primera reunión, es cierto, como si lo viera, ni uno dice que no y votan por la huelga como tabla. El que menos es capaz de hacer volar la usina eléctrica, hundir el depósito de aguas corrientes ó quemar los cables del tranway antes de volver á empuñar la herramienta. Pero después... ¡Ay, hermano! no me digás. Los conozco como á mis manos. No sirven ni pa insultarlos. Resulta que una vez metidos en el berengenal, solo unos cuantos aguantan. Este

porque lo habló el patron y le prometió no se qué, hacerlo capataz quizá; aquel porque lo amenazaron con expulsarlo del país si seguía á los compañeros; el de más allá porque ¡que se yo! porque no está conforme, dice, con la comisión nombrada para dirijir el movimiento; en fin, que hay no más tenés vos casi dos docenas de mándrias que entran al taller el primer día en que se declara el paro. Y no hay remedio: con esos cuantos el patron se hace el fuerte y, al poco tiempo, ¡zás! ya está de nuevo casi todo el personal antiguo trabajando ¡Y en qué condiciones!... Solo quedan afuera, para aporriarse de lo lindo, los verdaderos valientes, ó los sonsos como vos que ya no podés ni lamberte de puro pobre... Sí, hermano, convencéte: ¡todos son una punta de flojos, cobardes, traidores y sinvergüenzas! Y que querés, ché. A mi me parece que hacen bien en castigarlos. Dejá no más que les sacudan hasta que revienten. ¡Y qué diablos! Vos hacete el chiquito y en cuantito podás mostrá el diente grande y pegá el bocado que bien te lo merecés...

—Estás macaniando, hermano; y de lo

lindo. Pero seguí no más que para todo tengo lista la contestación. Primero decime ¿cuántos motormanes y guardas de la empresa en huelga han tomado trabajo?

—No embromés, ché. Ponéte, si querés, en el mejor de los casos y hacé de cuenta que es cierto que todo el personal se ha mantenido firme. ¿No sabés vos que casi todos los que se quedaron sin chapa en la empresa de tramways se han pasado al ferrocarril?—Se fueron de rompehuelgas... ¡Pucha digo, con los hombres sin conciencia y sin nada!

—Pará el carro, ché. Ahora ya no estás macaneando sino mintiendo: y eso es más grave.

—Te lo puedo probar, si querés. Con ellos han reemplazado á los guardas del Rosario. Y—¡la cabeza te jugaría!—si hoy se declararan en huelga los mayorales del tranway los primeros en ofrecerse para reemplazarlos serían los guardas de la Confederación ferro-carrilera. ¡Que me vás ha decir, hermano! Esto no tiene vuelta de hoja. ¿Y vos crees todavía que así es posible hacer algo sério? No embromés, te

digo, lo único que conseguiremos, al fin, es que los patrones, los dueños y las empresas se sigan riendo de nosotros, aprovechándose de nuestra necesidad y de nuestra ignorancia.

—Dejame hablar un momento y voy á explicarte el caso. Vos crees que la huelga es un fin cuando solo es un medio, un arma.

—¡Vaya un arma linda que siempre se vuelve para el lado de quien la empuña! ¿Querés que yo te diga como hay que hacer para que la huelga sea verdaderamente un arma?

—Te lo dejo hablar todo á vos; estás en vena, no hay vuelta. Me callo, pues.

—Bueno, escuchame entonces. Imajinémosnos, por ejemplo, el movimiento del otro día, el de los empleados de ferrocarriles. Si el primer día de declarada la huelga se hubieran reunido los más guapos, los más hombres, los más convencidos y hubieran resuelto, por sí y ante sí: primero, hacer la exposición de lo que deseaban; después esperar y esperar muy poco, se entiende. Ahora bien, imajinémosnos que llega la ne-

gativa de la empresa. ¿Cómo se contesta? Haciendo saltar un puente, dos puentes, diez puentes. Segundo. Después del hecho. Nueva exposición de lo que se desea. Nueva negativa. ¿Como se contesta? Con la muerte del gerente, del primer emperrao que se cruce en la vía...

—¡Ajajá! Y ya estamos en plena revolución ¿verdad?

—¿Y porque no? ¿Quien puede adivinar lo que produzca una chispa?

—¡Ah criollo ignorante y bárbaro!

—¿Bárbaro? Puede. Pero para mí que los bárbaros, los ignorantes son ellos, los que solo hacen las cosas á medias....

UN NUMERO

Después de la huelga, que esa vez fué un nuevo fracaso para los obreros, tres quincenas habían pasado sin que, al igual de la mayoría de sus camaradas, Luis Robles, conductor de tramways desde hacia cinco años en la empresa «Metropolitana», encontrara donde ganarse el pan del día.

Inutilmente habíase ofrecido hasta de peón albañil, recorriendo de punta á punta las calles febriles de la ciudad egoista.

—No hay trabajo, amigo... Aún tengo gente de sobra. Otro día será.

Y así todos. Parecía que los capataces y

encargados trasmitido se hubieran la frase de órden.

—¿Qué hacer? decíase Luis Robles, cruzándose de brazos como un vencido, cuando sintió agitarse en su mente una idea al parecer salvadora.

En la otra empresa, en «La Nueva», él sabía que necesitaban personal. Pero tenía forzosamente que presentarse á ella con recomendacion y con nombre falso.

Pedir la recomendación tenía á quien pero lo segundo le repugnaba. ¡Tener que ocultar su nombre como un ladrón cualquiera y para pedir trabajo! Era un colmo.

Las empresas, para defenderse, decían, del mal personal, tenían establecido un convenio según el cual pasábanse listas en que constaban los nombres y señas individuales de los empleados despedidos por cada una. Por ese mismo convenio se comprometían á no dar trabajo á ningún obrero que se encontrara en tales condiciones.

A pesar de la repugnancia que el caso le inspiraba, Luis Robles se decidió después de llegar á una conclusión terrible. Se dijo:

entre morir ó mentir, mentir. Y resuelto á ello acudió á su protector.

—Tiene usted que presentarme á la compañia con nombre falso. Y explicó detalladamente el motivo.—Es una vergüenza ¿verdad, señor?

—No hay otro medio contestó el protentor que era todo un hombre. Por lo demás usted tiene el derecho de hacerse llamar con el nombre que más le guste ó le cuadre. ¿Cómo quiere llamarse usted? ¿Juan, Pedro, Antonio?

Sin darse cuenta contestó Robles: así está bien señor, como Vd. dice.

El protector lo miró. En seguida tomó la pluma y escribió, repitiendo: *Juan Pedroantonio....*

El otro se apercibió. No puede ser así, señor. Esos son tres nombres juntos. Falta el apelativo.

Mire usted, dijo el protector.

El otro leyó. Bueno, presenteme no más. Así me llamo. Y Juan Pedroantonio, al día siguiente de presentarse en la empresa, tuvo trabajo.

Por la noche, al dejar el servicio, se le

avisó que debía presentarse á la gerencia á primera hora. ¿Para qué? se dijo Robles. Y arrugó el ceño.

Al día siguiente fué. Un agente de policía secreta le esperaba en la oficina junto con el gerente. Luis Robles conocía al sabueso porque un camarada había sido ya su víctima.

—¿Es él?

—Sí.

—¿Luis Robles?

—Puedo asegurarlo.

—Efectivamente está en lista.

—Usted ha sido un huelguista de la otra empresa.

—Es verdad, contestó Robles, con una tranquilidad aparente que hizo cambiar de postura al sabueso.

—¿Por qué ha venido usted á engañar á la empresa dando un nombre que no es el suyo?

—Pero, señor gerente, digame ¿concibe usted, en realidad, que pueda yo tener algo mio? Vamos á cuentas. Dice usted: un nombre que no es el suyo. Muy bien. Esto quiere decir entonces que yo tengo un

nombre, que es mío. ¿No es así? Bueno. Suponga usted, ahora, que yo soy dueño de una moneda de cobre. ¿Estamos? Sí. Pues bien, suponga usted que á mí se me ocurra tirar á la calle esa moneda. ¿Tenía derecho? ¿Podía hacerlo? Sí. Pues, exactamente: yo he tirado mi nombre á la calle, porque era mío y he hecho con él lo que con la moneda.

—Eso no puede hacerse. Es un delito condenado por las leyes. ¡Ya verá usted!

—¡Lo vé! contestó Robles. Y se le nubló la frente. ¿No le decía?

—¿El qué?

—Que yo no tengo nada, señor. ¡Ni nombre, siquiera!... Pero ahora reclamo un número.

—¿Un qué?

—¡Un número, he dicho!...

Y lo abrió de una puñalada.

¿PARA QUÉ?...

—¡No se puede pasar! ¡De vuelta le digo!

—Voy hasta la media cuadra, agente: me va hacer perder un viaje...

—¡No se puede, le digo! De vuelta, y pronto ¿entiende?

—¡Ni que fuera resorte!

—¿Qué dice?

—¡Pucha, qué tono! ¿Donde lo ha comprao? ¿Se puede saber?

—¡A que lo hago dir preso enseguida¡ ¡A ver el número!

—¡Cero... y uno! Pero á la izquierda. ¡No valgo nada yo!... Mire bien: diez puntos.

—Yo le voy á enseñar que me tome pá la risa. ¡Ya está anotao, sabe! Preséntese ahora mismo en la comisaría. ¡Allí le van á dar!

—Ya sé. La masita. Y, con su parte, pena é muerte ¿verdad? Escuche el canto:

De miedo me estoy muriendo...

Interrumpe el diálogo otro coche que llega. Es de plaza también. Al verlo el agente corre á detenerlo.

—Hermano, canta el primer auriga:

Por la calle del Parque
No se puede pasar....

Ni por ninguna ya, sin hacer siquiera una estación en la comisaría. Da vuelta, pronto, ó te toman el número con órden de presentarte. Y todo ¿por qué? Porque una niña se casa aquí, en la cuadra de la iglesia, y han dado instrusiones para que solo pasen las libreas.... ¡Qué corte Agapito!

En esto llegan dos coches más. Un placero y otro de lujo. El agente, desesperado, dá órdenes terminantes con el fin de que el coche paquete no sufra demoras. Es curioso observar al cochero con librea. Tiene

en su aspecto reflejado todo el orgullo de los señores. Se diría que contempla á los colegas pobres con desdén dominador.

El primer placero habla:

—¡Abrí cancha, hermano, que vá á pasar su señoría!

—Continúe usted, dice el agente.

El cochero de librea castiga al brioso tronco. Uno de los caballos tropieza, dá un salto y cae sobre uno de los coches, se le enredan los tiros y hay un momento de pánico porque las señoras que van dentro gritan asustadas.

. . . . . .

—Usted también vá á dir preso ahora.

—¡Yó! ¿por qué?

—Porque ha interrumpido el tráfico.

—¿Yo?

—¡Hágase el sonso, no más! ¿A ver el número?

—¡No te dije, hermano! ¡A la estación! Marchá no más, porque este no entiende de chicas.

—Pero vea, agente...

—¡Qué vea, ni que agente! ¡Preséntese, le digo! Y no hable más ¿oye?...

Resignados los cocheros siguen por la calle traviesa. Después:

—Y aura ¿que me decis vos de la autoridá?

—Francamente, hermano, que no la entiendo. Imagináte que si me hubieran dejao pasar á mi ya estaría yo del otro lado, lo mismo que vos y el de librea también, mientras que ahora...

—Sí, pero alvertí que si nos dejaran pasar á todos, así no más ¿para qué iba á servir entonces el vigilante?

—Tenés razón ¿para qué?....

UN ALZAO

Soy de los correntinos, es cierto. Yo vine en un grupo como de cincuenta. Nos embarcaron de balde, diciéndonos que ibamos para la gran capital donde nos pagarían una barbaridá por un trabajo de nada. Yo, á la verdá, dibe bueno, primero porque estaba cansado de la vida perra que hacemos, allá en el campo, nosotros los pobres criollos. Y después, tambien, por que me gustaba salir á conocer lo que pasaba por estos mundos tan lindos al parecer.

Francamente, la cara del gringo que nos contrataba no era como para dar confianza

á nadie, pero como yo sabía que el hábito no hace al monje, y como también conosco cara de angelitos capaces de matar á la madre; y como sé otras muchas cosas que ahora me callo porque quiero, me embarqué no más, largándome con viento fresco para caer aquí, á esta gran ciudá, donde ustedes me tienen más embromado que nunca, y rabiando como una vibora porque nos han engañado, mareándonos como á perdices.

Imajinense que nos dijeron que veníamos para un trabajo muy liviano, muy fácil, y que nos pagarían lo que quisieramos porque aquí no había gente desocupada. Y bueno. Llegamos y—¿qué se creen ustedes?—nos cargaron con bolsas de setenta kilos, mesmito como á burros, y vean, no es mentira, yo estoy medio deslomado, tengo las carnes reventadas y casi no puedo moverme. El primer día trabajamos once horas. Como no estamos acostumbrados á este trabajo, cargabamos mal las bolsas y los capataces nos retaban. ¡Jué pucha! ¡que estrilo! Y lo pior de todo es qué enseguida no más supimos que nos habían traido para que reemplazaramos á otros trabajadores alzados en huelga

porque tenían sus motivos. Después, uno de ellos, más ladino que un loro enseñado, nos hizo ver que nosotros no debíamos seguir en los buques porque perjudicabamos la causa de todos. Al principio no le hicimos caso pero al día siguiente volvió y, como el hombre era simpático y sabia hablar lindo, algunos le escuchamos. Entonces un capataz quiso echarlo. Él le contestó de mala gana y se tomaron en palabras. Después vino la policía y se lo quiso llevar. Fué cuando nos indignamos porque el hombre no había hecho nada malo, según nosotros, sino decir sus ideas. Y eso no se le puede prohibir á nadie, que yo sepa. Pero se lo llevaron no más sin dar razones y balaqueando sobre no se qué clase de libertades...

En el primer momento me dió risa más bien, pero en seguida se me subió la vergüenza á la cara y dije fuerte que el extranjero estaba en su derecho y que era un abuso tratarlo así aunque no fuera del páis.

Y aura van á ver cosa linda. El mismo capataz ó patrón, yo no sé, me amenazó tambien con la policia y dijo que con todos harían lo mismo si nos descuidabamos....

¿Saben ustedes lo que hice yo entonces? Pues ahí no más me bajé la manga de la camiseta, me le paré frente á frente y, lleno de corage, le grité cuatro verdades, dejé el trabajo y me largué á la calle pensando, más que nunca, en que el extranjero tenía razón y que el vigilante que lo llevaba era tambien algún otro pobre diablo, algún otro pobre correntino engañado, como nosotros con el trabajo, con el uniforme y la lata....

"MILONGA" Y "GORRITA" EN SEMANA SANTA

—Decíme Milonga ¿vos crees en Dios?

—¿Me hablás en serio hermano ó querés titearme?

—¿Porqué?

—¡Porque eso no se pregunta así, ché!

—Si te has enojao, me callo. Pero, pa mi, que te hacés el resentido porque no sabés qué contestar. Y eso ha de ser de miedo no más...

—De miedo ¿y á quien?

—A Dios, pues.

—Bueno, mirá, te voy á hablar claro pa que no digás que te esquivo. Yo creo en Dios sabés, porque alguien tiene que habernos hecho á nosotros.

—¡Ahijuna el alguien ese!

—Ché, bárbaro; si hablás así, me largo solo con viento fresco.

—Pero miráte bien hermano y desi si el que nos hizo podía tener entrañas...

—Eso es salirse de la cuestión. Vos me has preguntao si creo ó no creo en Dios y yo te he dicho que sí y porqué.

—¿Porque alguien nos hizo á nosotros ¿verdá?

—Está claro. Y al mundo, y á las estrellas, y al sol, y...

—Y hacé el servicio, hermano, de sugetar el pingo porque vas á rodar. ¡A la fija!

—¡Estás fresco! ¿Entonces vos querés decir que nadie hizo todo lo que estamos viendo?

—Yo no he dicho nada todavía.

—Pero yo se que eso es lo que vos pensás.

—¡Ni brujo que fueras!

—Decime ¿y quien te hizo á vos, entonces?

—Mi madre, pues.

—¿Y á tu madré?

—¿Dios querrás decir, no?

—¿Pero no vés que entonces á Dios tambien habrá tenido que hacerlo alguien?

—¡A Dios!

—¡Claró está ¿ó Dios nació solo, entonces?

—¿Quien lo hizo á Dios, decime?

—....

—Ya te veo venir. Estás pensando en mentir, hermano.

—No. Estaba pensando en que había sido algun otro Dios, ché...

—¡Pa los pavos! Ahora sí que me parece que el que me ha titiao sos vos. A Dios lo parió un mosquito... Y el comadrón fué un alguacil... ¡Te lo juro, Milonga! Por esta †

LA ASAMBLEA HUELGUISTA

La asamblea huelguista rumoreaba. El éxito de los discursos pronunciados había sido enorme. De repente un grito estentóreo cortaba los aires y, cruzando el salón, como una flecha, iba á clavarse en los oidos de todos los compañeros que repetían el grito con la suma de fuerza acumulada, por excelentes pulmones, durante muchos años de silencio lacayuno. Y era algo así como un despertamiento el claro de luz in-

terior que se revelaba en los rostros de aquellos hombres, reunidos con el fin de encontrar la forma de obtener la derogación de una ordenanza municipal que les perjudicaba. Esta ordenanza imponía al gremio cocheril de la gran ciudad el pago de un nuevo impuesto, con el agravante de que se les exigía el uso de una libreta y de un retrato, exactamente como á los rufianes y prostitutas. ¡Era un colmo!

Había que protestar, bravamente, contra esta vejatoria imposición sostenida por el capricho, la terquedad, de un pobre ente ensoberbecido, intendente fantoche que no vió nunca más allá de la punta de sus entecas narices.

—¡Abajo la libreta! ¡Abajo el retrato!

Y sobre la mesa de la comisión organizadora de aquel movimiento cayeron, hechas pedazos, en blanca lluvia de papel, los pequeños libros acompañados del negativo revelado, que días antes un grupo de conductores recojiera en la oficina respectiva. Nuevos aplausos estruendosos y nuevos gritos estentóreos conmovieron la atmósfera de la sala.

Pero algo había en el semblante de aquellos hombres que expresaba lo inexpresable. Algo que era así como el gesto de disgusto de una vaga aspiración no satisfecha; algo que el observador sagaz podía traducir por el reflejo de una idea en embrión, gesta inconsciente de un pensamiento no concretado todavía, casi no formulado aún, en gérmen, que esperaba un rayo de sol que lo fecundara, una caricia de luz que, en la placa cerebral, lo fijara definitivamente.

Por eso al aparecer, fuera de la tribuna oficial, el orador revolucionario, hubo un momentáneo silencio anunciador de cosa, en realidad no esperada, pero, si, instintivamente presentida.

—Seré breve. No he venido aquí con la única intención de aumentar el número de los que gritan, comenzó el orador.

—¡Abajo la libreta! ¡Abajo el retrato! interrumpió alguien.

—No tengo libreta que romper, ni retrato que borrar, continuó frio, impasible, casi glacial, con voz tan severa que atrajo de golpe la profunda atención de los huel-

guistas. Todos vosotros, estoy seguro de ello, habreis roto la libreta y borrado el retrato; pero también, estoy seguro de ello, conservais la librea. ¡Abajo la librea! debería ser, pues, la voz que saliera, impetuosa, de vuestro labios, como fruto de una idea bien madurada en vuestras huertas intelectuales. Mientras no tengais el corage de destrozarla ¿para que afanaros en romper aquello que no representa si no la parte más superficial, el detalle más mínimo de la verdadera cuestión, del único problema? ¡Que haya un artículo de menos en vuestro reglamento no quiere, no, decir que dejeis de ser sirvientes, que dejeis de ser lacayos! El asunto está, entonces, en dejar de ser sirvientes, en dejar de ser lacayos. Eso representa, para mi, destrozar la librea.

Algo más arguyó el orador revolucionario en pró de esta idea, y en medio de una intranquilidad elocuente,—esta vez el vocablo es irreemplazable,—dió término á sus palabras.

Al poco rato la asamblea pensativa se disolvía en silencio.

CORAZON

Tiempo de huelga. Dolor obrero flotando en el ambiente caldeado de las asambleas, sobre las cabezas altivas, en las frases vibrantes de indignación y de justicia, evocadoras de cuadros y escenas donde la vida miserable de la familia productora se destaca con colores de tragedia; en el taller, en la calle, en el salón público y en la cárcel; frente al torreón moderno de la fortaleza capitalista, entre el tumulto ciudadano, chocando pechos desnudos contra sables homicidas; en el tugurio triste, resistiéndose contra el hambre de la pro-

le mártir; en todas partes, en fin, porque en todas partes está encendida la fiebre de la lucha actual, en que se debaten la sombra del error pasado y la aurora esplendorosa de las edades de gloria por venir.

Escenario: el río, un rincón de playa del Plata dulce, arenoso y turbio. Personajes: un niño, dulce también como sus aguas, inquieto como sus ondas, cabecita de oro, luciendo al sol; y un hombre forjado en yunque, atleta de cuarenta años, músculos de hierro, ojos francos de mirar fijo, frente altiva, ademán brusco. Tarde templada. Luz, color, vida en el aire estremeciéndolo todo.

El niño interroga al hombre.

—¿Dime, tú trabajas en casa, verdad, en el taller de papá?

—Hasta hace tres dias, si; dice el hombre. Hoy no.

—No ¿y por qué? ¿Ya no puedes ó no

quieres? ¿Eres haragán también tú? ¿Te has ido con los de la huelga?

—¿Te interesa mucho saberlo?

—¡Eh! á mí no ¡qué diablos! ¿Que puede importarme? Prefiero pescar. ¿Me ayudas? Aquí tengo anzuelo y caña. ¡Mira cuanto hilo! Y el niño alarga al hombre un gran ovillo, cien metros lo menos. Hazme un aparejo ¿quieres? Así sacamos más. Te traeré en que sentarte y trabajas. Y en dos brincos llegase hasta una gran piedra distante como diez metros. De allí grita: ¡Eh! ¿sabes? No puedo con ella. Ven tú.

Maquinalmente el hombre avanza. El atleta piensa. Va hacia el niño llevando en sus manos hilo y anzuelos. Cuando llega hasta la piedra, el niño está ya sentado sobre ella y dice:

—Estoy cansado, trabaja de pié un ratito y después te la doy Yo te ayudaré también. Tendré el ovillo mientras tú vas atando los ganchos. ¡Ah! ¿Sabes de lo que me acuerdo? Del dia aquel en que tú, en el taller, me hiciste un barquito de fierro. Pesaba mucho y se undía en el agua. Yo lo probé y no servía. ¿Por que me nega-

ñaste? Se torcía y se inundada en seguida.

Charlatán de por sí, el niño y alborotado por los recuerdos, iba á seguir hablando, cuando el hombre, tomándole en sus brazos, le sorprendió así:

—A ver, contestamé y pronto. ¿Cual es tu mayor deseo? Hoy, ahora mismo ¿qué pedirías á quien pudiera colmar tu ambidión, dártelo todo?

—El niño se quedó mirándole asombrado pero no confuso.

—Mira, le dijo, yo, ahora ¿sabes? ¿todo lo que quisiera? es poco lo sé pero no importa. Ya he pensado muchas veces en eso.

—¿En qué? dijo el hombre.

—¿En qué? En eso, pues, de que tú hablas, en mi mayor deseo. Yo quisiera ¿sabes? ser el dueño, el patrón del río.

El hombre se quedó mudo un rato y el niño, viéndole así, le azuzó diciendo:

—Pero ¿y qué? ¿Te parece poco? ¿No tiene patrón el río?

El atleta reprimió un impulso. Después.

—¡No, pero lo tendrá! ¡Y el aire, y la luz, la lluvia, el sol, la vida, todo! ¡Lo tendrá, lo tendrá! Y, sin mirar de nuevo al niño,

huyó como un loco. De quedarse le hubiera aplastado con la misma piedra que le sirviera de asiento.

Esa noche, en la asamblea obrera, pronunció tres discursos. Solo así pudo el atleta dar curso á la violencia que la frase del niño despertara en su ser. Al pronunciarla él le hubiera estrangulado. Se salvó huyendo y fulminando desde la tribuna incendiaria á todos los enemigos presentes y futuros. Antes de dormir un pensamiento le apesadumbró momentáneamente: haber engañado al niño cuando le hizo el barquito...

Simbólica

HERCULES...

I

Talla enorme. Diríase un Hércules caricaturado. Pero un Hércules bondadoso. Se le quería y admiraba por obrero hábil y de una integridad total. No había una mancha en su vida. Tuvo dos cultos: la amistad y la causa. Defendía el derecho de los forjadores de vida, de los que, como él, batallaban en el taller moderno, esclavos del capital. Hablaba poco y accionaba siem-

pre. No escatimaba nunca el esfuerzo y allá donde era necesario un brazo ó una partícula de cerebro estaba listo el suyo para el sacrificio, dispuesta la particula para arrojarse como gérmen. Valor lo tenía á todas horas para brillo de los suyos y mengua de los enemigos. Luchador, como ninguno, parecía dotado por la naturaleza de los mas altos atributos de hombria.

La exajeración de sus formas dábale un aspecto raro é impresionante. A ser adusto hubiera causado temor al mas decidido. Pero en sus labios la sonrisa era habitual y ella borraba, segura y rápida, el primer movimiento de disgusto sentido al chocar con su silueta. Sus ojos claros, de una claridad abismática, ponian después una nueva duda en el espíritu de quien le contemplaba por primera vez pero, si hablaba, volvía la duda á desaparecer arrastrada por el ademán gentil y suave, por la voz impregnada de ternuras aunque serena y clara y sin una debilidad en la emisión.

Una vez, en una asamblea de obreros huelguistas á los que él pertenecía, tuvo ocasión de poner á prueba, como nun-

ca, la pujanza de sus músculos y la entereza de su ánimo. La policía, confiando en la audacia y la sorpresa, tentó un golpe de mano para disolver la reunión y, á no ser por la actitud heroica del Hércules, á buen seguro lográralo sin grande dificultad. Allí, en la puerta del salón asaltado, casi solo, porque hasta era un peligro combatir á su lado, puso á raya á los salteadores uniformados blandiendo sobre sus cabezas y, á guisa de masa, un banco de madera.

El enemigo huyó, maltrecho, escepto un oficial criollo, el jefe de aquella banda, quien, revolver en mano y sintiendo despertarse en él todo el instinto de guapeza heredado de sus abuelos, esperó, á pié firme, al Hércules en el terreno que creía conquistado. Avanzó el héroe y sonó el primer disparo. Todos creyeron ver: la bala había dado en pleno pecho; pero el héroe siguió su camiuo en derechura al sayón. Éste, sin inmutarse al parecer, hizo jirar el tambor del arma y otro fogonazo incendió el aire. Los circunstantes volvieron á ver; la segunda bala acababa de encontrar idéntico alojamiento que la primera en el pecho del Hércules que

avanzaba siempre. Entonces, lívido de coraje ó de rabia, el oficial pretendió ensayar de nuevo. Ya no era tiempo: sobre su cabeza se ajitaba la masa, el banco, que descendió, formidable, abriéndola en cuatro. Solo, sin ayuda, el Hércules, atravesado el cuerpo por el plomo legal y homicida, salió á la calle donde incitó á los remisos, reunió á su alrededor á los suyos y, escoltado, con asombro de las gentes, cruzó la ciudad en dirección al barrio obrero donde tenía su guarida. Un mes despues su palabra volvía á oirse en las asambleas obreras impregnada de ternuras.

En otra ocasión, triste ocasión por cierto, exteriorizó su generosidad realizando un acto que, á no ser suyo, hubiera asombrado á todos. Un compañero de taller había muerto dejando hijos y mujer en estrechéz lastimosa. El Hércules vió el cuadro miserable y se propuso remediarlo solo. Acudió á su casa, tomó de ella todos sus útiles de obrero, todos sus ahorros, todo lo que había de algún valor, en fin, y corrió á realizar los objetos en el primer bric-á-brac con que tropezó en la calle. Ese mismo día la mujer, afligida, re-

cibió en el apretón de sus manos de coloso el importe de todo su haber sobre la tierra.

Así era él. Impulsivo en la bondad, generoso hasta la esplendidéz y el sacrificio: valiente hasta la temeridad; Hércules siempre...

II

Un día corrió entre los amigos del Hércules la sin par noticia. Estaba enamorado... Nadie había pensado jamás que aquel hombre-montaña pudiera tener novia. Por otra parte nadie, asimismo, pudo hacer recuerdo de haberle conocido alguna relación amorosa. Y esto, ignórase el motivo, no fué causa de extrañeza. Lo era sí, lo otro, el que tuviera novia. Grande fué, pues, la curiosidad despertada por conocerla. ¿Quien era ella? El asombro redobló al saberse. Pequeña pero armoniosa. Una figurita vivaracha, elegante,

frágil en apariencia, *sévres* viviente. Tal era ella, la novia del coloso. Al evocarla uno imaginábase verla quebrarse, hacerce pedazos en sus descomunales manos. ¡Pobre figurita!...

Cómo aquella porcelana animada, aquel ser delicado de contextura endeble, había fijado sus picarescas pupilas en el armazón formidable, en la estupenda fachada de aquel jigantón terrible, pese á su sonrisa permanente y bondadosa y á las condiciones excelsas de su corazón magnánimo, fué cosa ignorada hasta hoy. Bástenos saber que ella le amó porque el amor tiene cintas para medir todos los cuerpos y rodearlos con lazos fuertes, así sean ellos más anchos y más elevados que el del mismísimo Atlante.

Retraídose había el Hércules de todos los sitios adonde solía encontrarse con los amigos y camaradas. Tiempo hacía que su enorme presencia no animaba las reuniones obreras donde antes fuera infaltable, ni los cafés adonde entraba como en casa propia saludado y admirado por la mayoría de los parroquianos. En cuanto á los compañeros de taller tampoco sabían palote de su vida.

No iba al trabajo desde que se supo la noticia, la gran noticia de sus amores. Alguien que le viera por casualidad y le intervistara en la calle dió sobre él datos extraordinarios, que, corriendo de boca en boca, llegaron á forjar una leyenda, la del Hércules triste. El Hércules enamorado sufría. ¿Qué sería ello? Nadie osó imajinarlo siquiera pero todos, sin dar con la causa de ese dolor, presintieron algo extraño, algo funesto, sombrío, como si, al escuchar la relación, sintieran á sus espaldas el soplo de un aletazo trájico.

III

Una noche de estío, amable, alegre, diáfana, el Hércules había invitado á comer á un grupo de amigos íntimos. Media docena quizá. En el comedor del restaurant

preferido, preparada de antemano, esperaba la mesa. Como otrora llegó el Hércules causando placer su presencia. Alguien creyó notar un cambio en la habitual sonrisa pero la advertencia no encontró mayor acojimiento. No todos eran capaces de penetrar aquella faz, en la que por primera vez aparecía el disimulo.

Sentados los comensales el Hércules se apresuró á manifestar el objeto de su invitación. Era aquella una comida de despedida. Un motivo muy íntimo, que por el momento callaba, le obligaba á embarcarse al siguiente día para un punto que también callaba. Esta declaración la hizo en un tono especial, extraño en él, pero fué tal la seriedad del gesto conque acompañó las frases que los amigos resolvieron respetar el misterio conque las envolvía. Uno, sin embargo, se atrevió á hacer una alusión á su compromiso amoroso.—No me caso, interrumpió el Hércules, fria, casi agresivamente. Entonces el misterio tornóse absoluto y nadie osó ya penetrarlo.—Y ahora no se hable más del asunto hasta que yo escriba. Será pronto. Era una órden

digna de acatarse por cuanto él la daba deseando, agregó, que en aquella reunión no se ocuparan sino de estar alegres, ya que él también lo estaba pese á la circunstancia antedicha.

¿Cómo insistir? La imposición se hacía en tal forma que ella adquiría todos los contornos del derecho. Él quería callar, hacer silencio sobre lo que á él solo pertenecía y la amistad tropezaba allí con la más elemental discreción.

En tanto habian empezado á vaciarse las copas y el vino italiano, caliente y generoso, empujaba à los espíritus hacia la placidéz y el olvido.

Decidor como nunca el Hércules promovió varias discusiones sobre árduos temas de actualidad social, buscando, empeñosamente, la opinión ajena que él exijía clara y neta en los problemas de interes colectivo á dilucidarse en el siglo.

Llegó á hablarse del sacrificio individual realizado en aras de una idea y entonces él tuvo un estallido. Pareció iluminarse de pronto y, como transfigurado por la emoción, pretendió hablar y no pudo. Dijo en-

tonces cosas incoherentes, sin hilación para los otros, vacías de sentido. De pronto guardó silencio. Fué aquel un momento solemne. El Hércules miró á sus amigos, dejó caer la copa que iba á llevar á los lábios por vigesima vez, hizo una mueca lenta, tan lenta como horrible y rompió á llorar. Parecía un lobo con lágrimas. Aquellas no eran lágrimas de hombre. Le creyeron borracho peró no se lo dijeron. El cariño hacia él podía mucho; tanto que, por una rara sujestión, llegaron á creerse ya borrachos todos. ¡Cuando el Hércules lo estaba!... ¡Pero no! Él, serenándose, explicó el fenómeno. Aquel estado provenía del dolor sentido por él al no poder entregar su vida en holocausto á las ideas de redención humana por las cuales luchaban todos. Sí, él había soñado, en más de una ocasión, entregar su vida, su miserable, su triste, su despreciada vida, en bien de la causa y el porvenir. Su dolor estaba, pues, en eso. ¿Podían encontrar fuera de lugar aquel sentimiento? ¡Oh, él lo sabía! Todos, todos los compañeros lo abrigaban con más ó menos fuerza. Y pasó á otro tema.

Antes de terminar la comida pidió, en reserva, á uno de sus amigos, el más joven, se hiciera cargo de un dinero que le sobraba, desqués de descontar todos los gastos de su viaje. Ahí lo tenía; se lo entregaba para ser distribuido entre los periódicos de propaganda revolucionaria en el mundo. É indicó nombres y ciudades. París, Madrid, Londres, Ginebra, Buenos Aires. Él no tendría tiempo,—el vapor salía temprano,—y pedía aquello como un servicio. Terminado el encargo volvióse á beber y á charlar. Se estaba en los postres y el Hércules no había casi probado bocado. Eso sí, bebía por diez, febril, casi desesperadamente. De pronto, y como si se apercibiera de algo importante, dijo, más para él que para los que le escuchaban: si continuo bebiendo no podré embarcarme luego. Y reaccionando:

—¡Mozo! café.

Divagóse un rato más, tocáronse otros temas de escaso interés y la velada dióse por terminada. Eran las doce de la noche. Y eso, para hombres de trabajo, para obre-

ros de taller, equivalía á haber perdido como minimun dos horas de sueño.

Ya en la calle y como obedeciendo á un acuerdo tácito, todos acompañaron al Hércules hasta su casa. Sin fundamento, al parecer serio, una especie de presentimiento triste cerníase sobre el grupo y á ninguno le pareció extraña la resolución tomada por el más joven: permanecer al lado del Hércules hasta el día siguiente, por si era necesaria su presencia antes del embarque.

Aceptada la resolución realizóse la despedida exigiéndose noticias prontas del futuro viajero.

Este contestó afirmando y confundiendo en un grande abrazo todos aquellos pechos de amigos leales.

—¡Salud, compañeros!...

Desde el umbral el Hércules dirijía su último saludo sellando el rostro con su habitual sonrisa pero esta vez más llena de bondad y misterio.

IV

A las seis de la mañana, cuando despertó el amigo pudo ver al Hércules sentado á su mesa de trabajo, rodeado de piedras y tintas,—el Hércules era litógrafo,—y escribiendo calmosa pero atenciosamente. Cerca, una tetera y una taza recien servida.

—¿Quieres acompañarme? Tóma. Y le sirvió del liquido humeante.

Amodorrado aún el joven amigo contestó, aceptando, en palabras balbuceadas. Enseguida dióse cuenta de que el Hércules no había dormido aunque no fuera esa la intención manifestada al entrar en casa.

Sin embargo pensó que asuntos urjentes, relacionados con el viaje en perpectiva, le habían impedido realizar su intención y viéndole preocupado prefirió no interrumpirle. Bebió el té y se tiró de la cama.

—¡Y, ahora? Vestido ya el amigo se ofrecía al Hércules.

—Antes de nada, ésto. Y le alcanzó un boleto. El boleto decía: «Fotografía X. Una docena de retratos». Vé á buscarlos. Son las siete. Antes de media hora puedes estar de regreso.

El amigo se asombró un poco. Jamás el Hércules había perdido tiempo en esas bagatelas.

Comprendiendo la duda fué ésta disipada con rapidez notable. El viaje... algun accidente que pudiera ocurrir...—¡estamos en todo momento tan expuestos á peligros!...—Y, al fin, aquello era siempre un recuerdo ó cuando menos una curiosidad... ¿No deseaba él uno? Desde ya se lo daba. Podía tomarlo desde que se los entregaran en la fotografía.

—Pero no pierdas tiempo. Vé y vuelve, pues. Tendrás cosas más importantes que hacer... Y salió á escape.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando regresó el amigo, pudo, llorando,

reconstruir la escena ocurrida durante su ausencia y en esta forma.

Ya solo el Hércules, y una vez terminada la tarea á que lo dejara entregado, se había erguído, tan alto como era, dando tres pasos hasta llegar á su mesa de luz de donde sacara el arma que aún conservaba en la mano rigida; recostóse en la cama y, sereno, quizá sonriendo bondadosa, misteriosamente, apoyó el cañon de acero en la sien despejada. Después sonó el tiro que no oyera nadie y el cuerpo, por un movimiento convulcivo, había ido rodando así, hasta el pié de la mesa donde estaba sangriento ante sus ojos atónitos y preñados de lágrimas ardientes. ¡Pobre Hércules! ¡Tan bueno, tan generoso, tan exesivo, tan grande de veras! ¡Y cómo le había engañado! Pero ¿por qué? ¿por qué? ¡Qué horror! ¡Qué tristeza! ¡Qué maldición! ¡Qué injusticia! ¡El Hércules muerto y por su propias manos! ¡Sí, allí estaba! ¡Era él el Hércules, aquel su noble amigo, esencia pura de humanidad, luz de vida, muerto, muerto! Quizo salir huyendo pero un sentimiento íntimo le detuvo frente á la mesa donde, minutos antes, le dejara al parecer

lleno de alientos, exteriorizando su dolor, fijando sus pensamientos postreros.

Las cartas del suicida eran tres. Intimas y tan misteriosas como su sonrisa. ¿Por qué se mataba?

Sus cartas, impregnadas de ternura todas, no lo decían. Parecía que su intención final era la de llevarse el terrible, el formidable secreto. Y á fé que nadie lo hubiera desentrañado si él mismo, con anterioridad, no lo hiciera redactando su propio epitafio. En uno de los cajones yacía un manuscrito que el amigo curioso desempolvó: producto soy del esfuerzo de muchas generaciones; en mi acaba la extirpe. ¡Hasta aquí dijo natura! Soy la expresión más alta de mi linaje; pero en mi acaba la raza; los Hércules no dejan descendencia; impotentes son... Así yo.

Y el amigo, evocando los ojos picarescos de la novia enlutada,—la figurita de *sévres*, delicada y frájil,—quedó convencido de que el Hércules acababa de caer aplastado por su propia impotencia.

¡Y así todos los Hércules!...

JOB EN LA CALLE

Llovía. Caía el agua, implacable como un dolor. Era uno de esos aguaceros torrenciales que castigan, que azotan si dar tiempo siquiera á esquivar el bulto, á guarecerse. Chaparrones que, de improviso ¡zas! —agua, rayos, truenos—como una bomba, que digo, como mil bombas, caen sobre las pobres ciudades, inundando sus vías como ríos, mojándolo todo, salpicándolo todo, ensuciándole todo. Peatones, sorprendidos á muchas cuadras de sus casas, que entran chorreando en el primer café con que tropiezan; modestas mujeres que, inutilmente,

buscan un coche donde meter sus maltrechas figuras; temerosas obreritas que, rápidas, bajo las gruesas gotas, marchan esperanzadas ¡ay! vanamente, en llegar á sus talleres sin estar hechas sopas; viajeros de tranvías descubiertos á quienes las cortinas, empapadas, golpean cruelmente el rostro; y, por fin, niños y perros vagabundos que solo se atreven á detenerse sobre un umbral, al abrigo—¡mísero abrigo!—de algún portalón de Banco ó de casa rica, sin temor esta vez de que el portero verdugo les rompa una costilla de un palo por insolentes y sucios.

Ibamos entre los pasajeros de un tranvía, Vía Paseo de Julio. Y fué al llegar á una de las esquinas centrales, que, puestos en la disyuntiva de optar entre la espada, que en este caso era el vehículo abierto, y la pared, optamos, sin titubear, por la pared. Nos echamos al río, pues, es decir, á la calle, y, de tres saltos, como nuestros, estabamos bajo la vieja recoba bonaerense sacudiéndonos el saco para evitar la caladura.

En la calzada, frente mismo á nosotros,

estaba un hombre sentado. A nuestro alrededor había otros muchos esperando á que la lluvia disminuyera sus ímpetus. Oí decir á uno de ellos:—¡diablos! en ninguna ciudad del mundo cae el agua como en esta! ¿Conocería nuestro hombre otras ciudades? Todo puede ser.

En seguida fíjome en el hombre sentado. No sé que de extraño le encuentro. Fíjome nuevamente. Ahora los rasgos de su cara me producen una impresión dolorosa. Me parece que ese hombre sufre. Acércome. ¿Qué tiene? interrogo. ¿Por qué hace esas muecas tan raras? Los músculos faciales movíansele como azogados. ¿Qué le pasa? El hombre me contempla un instante. Después—¿quiere saberlo? dice en tono brusco.—Sí.—Bueno, déme tabaco primero. Saco un cigarrillo. A todo esto algunos curiosos se han acercado. Ninguno de ellos, hasta ese momento, había reparado en el hombre que sufría...

Este ha deshecho ya el cigarro y masca el tabaco, todo el tabaco, como si fuera un pan. Acto continuo se para ante nosotros. Mira ¿Hay en él algo de terriblemente trá-

gico ó es ficción de mis ojos predispuestos siempre á ver lo que no existe? Escuchad. De un tirón ha abierto su chaqueta. Como movido por un resorte uno de los curiosos huye bajo la lluvia. No puede más. Aquello es espantoso. Oculta por la ropa estaba la llaga. El hueso, la eslilla al aire, rodeada de carne fétida, podrida. Podrida, sí. Yo he sentido su hedor, la he admirado con mis ojos, la he cubierto con mis manos. ¡Estaba podrida!

—Es feo ¿verdad? díjome el hombre. Pero hay algo peor aún; agregó. Y se tomó la cabeza con ambas manos como si pretendíera arrancarla del tronco. Hay algo peor y es que la llaga me duele hasta aquí. Y movía la martirizada cabeza. En tanto la herida permanecía al aire, como uua bandera de odio, de rencor que no muere, que no puede morir.

El hombre me seguía mirando. Yo le dí el nombre de su enfermedad.

—Sí... sí... eso me han dicho en el hospital. ¡Pero no me curan, no quieren curarme!...

¡Con qué dolor dijo esta frase! Creedme:

oir el acento del viejo era más terrible, si cabe, que ver su llaga.

Di vuelta. A mi alrededor no quedaba nadie. Estaba solo con el enfermo. ¡Nadie! ¡Nadie! ¡Nadie! ¡Todos huian! Mientras, la herida continuaba al aire, como una bandera de odio, de rencor que no muere, que no puede morir ya.

Entonces pensé que de ella salian, en multitud, las ondas fétidas que el viento de la tarde llevaba, presuroso, hacia los cuatro puntos cardinales de la gran ciudad.

EL SACRIFICADO

I

¡Adelante! Por encima de las tumbas:
¡Adelante!

GOETHE.

Triste y bueno. Así era. No se le había visto llorar nunca pero su rostro, su pequeño y fino rostro de niño, parecía hecho, amasado con lágrimas y hojas de rosas otoñales. Cuánta suavidad, cuánta dulzura la que trasparentaban aquellos ojos, grandes,

muy grandes, lo único grande en aquel rostro casi enjuto; cuánta amable caricia escondida en aquella boca que solo sabía de palabras afables cuando hácia los demas iban; y qué de sombras, trágicas y crueles, en esa su frente altiva, soberana, corona expléndida de un armazón endeble, enteco, indigno para sustentarla!

Vivía amando, esparciendo á su alrededor algo así como un hálito puro de esencia humana, proyectando luz tan potente de belleza y bondad que más parecía aquel cuerpo una de esas flores—tal las pequeñas magnolias—que, después del martirio, ya marchitas y estrujadas, dan á los vientos su mas grato, su mas intenso perfume.

Vaso deforme y raro, aquel organismo, parodia infame del hombre, aplastaba su vida psíquica, desmoronándose más cuanto mayor campo de acción buscaba aquella para espandirse.

—¡Para qué he de servir? decíase el pobre niño, presa de la epilepsia, al contemplar, impotente, el combate brutal por la vida en que padres y hermanos hallábanse envueltos. A la casa pobre cada uno aportaba

su material contingente. Ellos, cada uno constituía una columna dolorosa. ¡Qué el edificio pesaba y los hombros, los pobres hombros no presentaban mayor resistencia! Y carga, pesada carga también era él para aquellas columnas que á quebrarse empezaban. ¡Oh, bien lo comprendía el mísero cuerpo presa de la epilepsia!

El pobre niño pálido deteníase á meditar y, frente á frente de la vida, argumentaba.

—¡No puede ser! decía después; y, al lanzar el grito, erguía la frente altiva ajitando hebras de oro sobre el cuerpo enteco.

Entonces era cuando las sombras, trágicas y crueles, se arremolinaban formando tormenta, y, al sacudir el cerebro, podía vérseles á través de los ojos, cristales puros, dar pábulo á un pensamiento. A un pensamiento enorme, muy grande y muy negro, con bordes rojos.

. . . . . .

. . . . . .

II

Sobre la mesa donde él había atado el arma para poder degollarse con el propio peso de la frente altiva, las hebras de oro flotaban sobre la sangre humeante que alcanzaba á manchar la plana amarillenta donde el pobre niño había escrito su última cláusula. El testamento del suicida era corto. Era una síntesis puesta en una palabra, síntesis que yo he descifrado. Decía: Goethe!...

LOS COMPONENTES DEL DRAMA

La ley

Cae el velo. Se hace la sombra. La figura fatídica avanza. Mirad: tiene faz de perro. La mandíbula busca la presa. ¡Oh, la mísera estancia del obrero altivo! ¡Cómo se extremece, entera, de impotencia, de rabia! A ser posible, estallaría con su dueño. Des-

pués, la mandíbula se abre. Viene el cierre de dientes... ¡Presa sabrosa!... ¡Oh, ley!

Las lágrimas

¿Y ahora? Un nombre más en la lista de los perdidos... Así en la ciudad del golfo azul con su déspota inamovible,—capa de plomo sobre el cerebro de un pueblo. Yo he soñado con un Gulf Stream torvo, rugiente de cóleras bravas. Algo grande, formidablemente hermoso, que fuera como la protesta de los que allá aman la vida, contra los súcios necrófagos. ¡Sí, soñemos mientras en el país profícuo, en el granero dulce del mundo, bebiendo estamos salmuera hechas con aguas del Plata! ¡Oh, lágrimas!

La luz

Es en un pueblo lejano, en un país de silencio, tal como aquel terrible del cuento, donde se llora y maldice, donde el derecho es la fuerza, donde la ley es abuso, es dolor, es sangre, es muerte,—gemido de niño ham-

briento, llanto de novia infelice, sollozo de madre mártir, salivazo feroz de ódio, grito de hombre! ¡Oh, luz!

La voz

Y en la noche fosca, en medio de los silencios del mundo, una voz!...

LA SONRISA DEL HEROE

I

Se alza un hombre en medio del tumulto y grita: ¡yo aplico la ley! Soy el brazo armado de la sociedad. Inexorable, no perdono. Frío, como una espada, rajo las carnes, divido los cuellos, hundo en las sombras á las víctimas. Como un dogal de hierro ó torniquete terrible, tengo en mis manos el código que no discuto. Sus cláusulas son para mí la palabra sagrada, la voz supre-

ma, el dogma intangible. No pienso, no siento. Puede el que delinquió haber sido empujado al antro por causas que justifiquen el hecho. No investigo. Mi misión es la de dejar caer el arma sobre la espalda desnuda. En cuanto al espectáculo del desgarramiento déjame impasible. Cumplo el código, realizo el dogma y mi conciencia queda tranquila. No me equivoco nunca. Soy irresponsable. Voz y voluntad social, soy un eco. Represento á la vindicta pública. Instrumento suyo, nadie tiene derecho á arrojarme, como insulto, las consecuencias funestas de mis errores. Ciego soy. Tal el verdugo sobre quien tengo superioridad de grado. ¿Me habéis reconocido? Soy el juez.

II

De entre las sombras—noche de dolor y lágrimas—emerge la gran figura. Trae en

sus manos luz de justicia. Su voz repercute en los vientos como una explosión de tormenta. Viene armado, en nombre de todas las desgracias, de todas las miserias, de todas las debilidades. Grita: lanza su reto y su bomba. Es el héroe. Ha llegado, paladin de los tristes, produciendo el terror como un nuevo caballero de la luz y de la muerte, llamando la atención del mundo sobre los defensores de los opresos y haciendo comprender á los que aplican las leyes que hay que ser más benévolos. Demanda venganza. La cumple y cae reflejando en su rostro signos de triunfo.

III

Y cuando el héroe espira en el pabellón de la noche se abre un ojal de luz.

De Esperanza

EL BRAVO TRABAJADOR

I

—¡Maldita seca! Y mientras el rostro del labrador se dirige á lo alto en un gesto de desafío y de amenaza, una racha cálida cruza azotándole y envolviéndole en una nube de polvo convertida, á poco andar, en remolino de fuego.

Para hacer un trasplante el bravo trabajador ha tenido ese día que abrir á hachazos la tierra. Sobre las fauces abiertas

ha arrojado, á chorros, el agua fresca sacada del modesto pozo primitivo á fuerza de músculo y paciencia. Como esponjas, los grandes terrones han absorbido el líquido, todo el líquido. Después los grandes terrones se han saturado, se han ablandado para, por fin, deshacerse vencidos por la caricia húmeda y convertirse en lecho fecundo dispuesto á recibir á la pequeña planta empezada á formarse en el almácigo.

¡Pobres plantas! Apretadas, estrujadas, constreñidas por la tierra que los rayos del sol apelmazan y agrietan de trecho en trecho, se han ido poniendo tristes y amarillentas ante la presencia del bravo trabajador impotente, que las mira agostarse con la amargura en los ojos y la protesta próxima á estallar en los labios.

II

Amanece. Un rayo de sol, como un dardo ígneo, atraviesa la quinta de este á oeste. Un latigazo, en la mejilla del labrador, hubiera producido el mismo efecto. Hoy el sol sale para él como un castigo. En la huerta vecina chirría el eje del molino á viento cuya rueda gira, como en un vértigo, al capricho de las ondas calientes. ¡Allí tendrán verdura! No perderán la cosecha porque el pozo semi-surgente no ha de agotarse antes que llueva y el molino extrae de la misma entraña terrestre el agua que el espera, inutilmente, de lo alto...

El bravo trabajador defendería aún sus sembrados de la seca, pero esa noche ha agotado el pozo, el mísero manantial que nunca surge para el pobre sino de la pri-

mera napa, y el pequeño depósito se le ha ido todo en el trasplante de esa mañana. ¿Que hacer?

Entonces el bravo trabajador se cruza de brazos como un derrotado frente á los sembrados tristes y amarillentos que él continuará mirando languidecer con la amargura en los ojos y la protesta, ahora muda pero latente en todo su ser rebelado contra la fatalidad y la injusticia.

¿Previsor? Sí. Lo había sido puesto que, á costa de muchas privaciones en sus comodidades, él había reunido, un año antes, los ahorros suficientes para adquirir la maquinaria salvadora. Pero los ahorros se fueron junto con el cadáver de la pobre viejecita, de la buena abuela que adoraba las plantas y las flores y á quien consumió la fiebre cuando estas perdían todos sus tonos vivos.

Pese al recuerdo triste y al dolor presente el bravo trabajador, rodeado de la compañera y de los hijos, espera, espera, el agua benéfica que caerá quizá mañana devolviendo á la huerta sus colores.

MIS MAESTROS

I

—¿Quiere usted un pitillo, señorito? Todos los trabajos deben acompañarse con un poco de humo...

Y mientras lía tabaco de la petaca bordada, con gracia y sorna andaluza mi maestro en horticultura comienza á darme lecciones.

—Mire usted: estas plantas van á dar papas así, como el puño. Pero hay que arri-

marles tierra con fuerza y tesón. Déme usted. Voy á enseñarle.

Mi maestro ha guardado su petaca y con el cigarro en la boca, echando humo en grandes nubes, penetra en el cantero en cuyo centro estoy azada en mano.

—Aprenda, señorito. Y con una energía que nadie hubiera sospechado en su cuerpo fino, puro nervio y músculo, hunde la azada en tierra. Con cuatro grandes golpes que se dirían exactamente iguales, rápidos y seguros, ha formado una montaña alrededor del tallo del tubérculo, que, bajo la cúspide de aquella, desaparece dejando sólo asomar fuera de tierra la copa de la planta.

—Va á sofocarla, me atrevo á decirle al ver las proporciones diminutas á que quedan reducidos los hace un momento gallardos gajos.

—¡Quiá! ¡No diga usted! Si esto es la vida para ellas. Con la tierra así conservan las raíces frescas. Y ahora aunque no llueva en un mes... Ya verá como sale el fruto abundante aquí no más, cerquitita de la mano, que la tierra está muy movida, muy

labrada. Ansina en cuanto arañe usted una poquita siquiera ya siente la mano llena...

II

Indudablemente al hablar en tal forma el maestro sentía una voluptuosidad, un placer especial, como si en realidad estuviera en ese momento saboreando el generoso producto.

—¿Dígame y en qué proporción produce esta semilla?

Se ve que el maestro no puede ahora contestar categóricamente porque hace un gesto, un mohín extraño de duda. Después: eso, según y conforme. Hay casos. Yo, por ejemplo, en la cosecha anterior sembré trescientos kilos y recogí diez mil, es decir cinco. porque, naturalmente, sembraba á medias con el dueño del campo. Pero el re-

sultado no es siempre el mismo. Otras veces no he obtenido ni la tercera parte. Eso cuando no he sembrado al viento, quiero decir para el diablo... Y cruzó por su frente una racha pesimista.

—¿Cómo así?

—Sí, pues, cuando la tierra me ha pagado con ingratitud el trabajo; cuando la mucha lluvia me ha echao á perder la semilla, pudriéndola.

—Claro, esas son contingencias que no pueden preveerse, digo mirando al maestro arrugar el ceño.

—Es que sembrar aquí es casi lo mismo que jugar á la lotería. Porque cuando no es el exceso de agua, son las heladas traídoras, ó es la seca. ¿Se acuerda del mes pasado? Las quintas se perdían que era una pena. Después llovió; cayeron cuatro gotas y fué para peor. La tierra se puso como una estopa. No hay, pues, más que aguantar, tener paciencia, señorito. Ya irá aprendiendo cosas buenas. Pero no hay que desmayar por eso. Llegan años que valen por diez. Y entonces todo es color de rosa y sucede lo propio que en los cuentos...

—Bueno, vaya lo uno por lo otro ¡qué diantre! exclamo tratando de sacudir aquella onda melancólica que ha hecho presa del maestro, y pretendiendo, ingenuamente á la verdad, infundir en su ánimo lo que sin duda posible él posée en dosis infinitamente mayor que yo: la esperanza.

A todo esto, y con la ayuda de otra azada, maestro y discípulo hemos terminado la tarea de arrimar tierra á las papas.

III

—¿Y ahora, maestro?

—¿No está usted fatigado?

—Absolutamente.

—Entonces, á puntear aquí. ¡Vengan las palas!

Hace siete años que nadie toca esta tierra. Sobre ella han crecido yuyos con ím-

petus gigantescos. Ha habido que abatirlos á golpes de guadaña. Ahora dará principio el trabajo de punteo, el más fuerte de todos los necesarios para preparar el lecho que ha de recibir la semilla.

Y los hierros cortan raices, entran en tierra y cavan, cavan empujados por un brazo joven y fuerte y por otro, sino tan vigoroso más diestro, más ejercitado, más hecho á la labor ruda y continuada. A pesar de ello puede decirse que esta vez, maestro y discípulo marchan á la par.

Hace calor. El sol está alto aún y se se trabaja sin reparo, pues el monte, á quién el astro mira de frente, se encuentra á nuestras espaldas. Se suda. Las gotas, no siempre cristalinas, cubren las frentes y ruedan por los rostros. Cuando llegan á la boca incomodan. Son salobres como el agua del mar. No hay para que esforzarse en demostrar que la brega es grande. Claro: como que maestro y discípulo se hallan empeñados en la obra de dar vuelta á la tierra!...

Ya está la lonja de terreno dividida en panes. La pala ha entrado por todos lados poniendo al sol las raíces de los pastos que

servirán de excelente abono cuando entren en descomposición, se sequen y puedan mezclarse con el humus.

—En cuanto llueva, díceme el maestro, estos terrones se hincharán como esponjas. Después, de un solo golpe, con los hierros, los haremos añicos y, con el rastrillo, polvo. ¡Y eche usted semilla entonces! ¡Por mi salud que no se pierde ni una!

¿Y la seca, maestro? ¿Y la mucha agua que pueda caer? ¿Y todo lo demás que también puede venir?

El maestro me mira como absorto en un pensamiento profundo. Después sonrie. Se ve que ha encontrado la solución.

—Bien, señorito, entonces se siembra de nuevo. Lo principal es tener preparado el terreno y este lo estará pronto. Mañana quizá...

Y continuamos la labor.

FIN

INDICE

HERÓICA PAG.

Conquista 7
Independencia 17
Hermanos 25
Postrer Fulgor 33
Gritos Nuevos 47

SALVAJE

La pendencia 61
El enemigo 71
La traición 81

DE AMOR PAG.

Cruz 193
La sugestión 105
Resurrección 115
¡Así! 123
Cadenas 133

DE SACRIFICIO

Margarita Criolla 143
La llaga al aire 149
La explotada 153
Un regenerado 155

DE PUEBLO

El infractor 165
El rebelde 169
Un número 175
¿Para Qué? 181
Un alzao 185
«Milonga» y «Gorrita» en Semana Santa 189
La asamblea huelguista 193
Corazón 197

SIMBÓLICA

Hércules 205
Job en la calle 221

PAG.

El sacrificado..... 227
Los componentes del drama..... 231
La sonrisa del héroe..... 235

DE ESPERANZA

El bravo trabajador..... 241
Mis maestros..... 245

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92